

Layo

boletín cultural

Núm. 7

Barcelona, Septiembre 1950

ACLARANDO CONCEPTOS

ESTABILIDAD Y RESPONSABILIDAD

por Francisco Jiménez Gil

Licenciado en Filosofía

CON motivo de la publicación del artículo titulado "EN DEFENSA PROPIA" he recibido alentadoras manifestaciones de bastantes colegas (alentadoras, sobre todo, porque son signo evidente de una revitalización del espíritu de clase entre el Profesorado de Enseñanza Media Privada) y también manifestaciones de crítica, no menos alentadoras, porque ésta, la crítica, tanto la mesurada y cortés y amigable, como la desaforada y rabiosa, que de todo hay en la viña del Señor, sólo sirve, bien para estimularnos a los censurados en nuestro afán de superación y perfeccionamiento, señalándonos (en el primer caso) los defectos y errores inherentes a toda naturaleza humana, bien para darnos noción exacta de nuestro avance hacia las metas perseguidas (en el segundo) por aquello de "ladran, pues cabalgamos".

Prescindiendo de los estímulos y alientos, no sin agradecerlos, para centrar a las críticas dignas por algún motivo de ser recogidas.

En líneas generales, pueden clasificarse en dos grandes grupos: las de tipo fundamentalmente económico y las de carácter moral.

De las primeras me propongo ocuparme en breve, si Dios quiere, y, con tal fin, es posible que publique en estas páginas el presupuesto de gastos de ese teórico Colegio de quinientos alumnos, "nacido" en el número anterior de "LAYE", y cuyos ingresos tanto parecen haber escandalizado a determinados lectores, pese a que sólo mencionaba una parte de las cantidades que ciertos grandes colegios perciben y omittía las menudencias.

Hoy, no quiero sino dejar bien claro que los Doctores y Licenciados que nos dedicamos al ejercicio de la Enseñanza Media Privada, hemos pedido la revisión de nuestra reglamentación laboral en el sentido de que se establezcan las tres aspiraciones fundamentales de estabilidad, proporcionalidad y retribución adecuada, porque nos parece que todo ello es justo y, sobre todo, que con ello se beneficia la Enseñanza.

No obstante, se ha objetado por alguien que la estabilidad del Profesorado no sólo no logra el fin apuntado, sino que es nocivo y perjudicial haberla concedido. Se apoya esta afirmación en el supuesto de que, no pudiendo ser despedido un Profesor más que en las circunstancias que se previenen en el artículo 16, 1.ª, su labor, su ritmo, puede disminuir, con grave perjuicio para los alumnos y la economía del Centro, aparte de que esta inamovilidad (y claro que entre la inamovilidad —término que no usamos nosotros— y la estabilidad veo una notable diferencia de matiz) puede dificultar el despido de aquel o aquellos docentes que incumplan sus deberes o incurran en faltas de orden didáctico, disciplinario o moral, que repercutan en el prestigio del Centro o puedan causar daño grave para la mente o el alma de los escolares.

Pero esto, en la mejor de las hipótesis, es una interpretación errónea de los hechos, ya que no la quiero suponer (en algún caso me consta que no es así) mal intencionada e insultante.

Los Licenciados, al pedir la estabilidad, no hemos pedido subrepticamente una patente de corso para ejercer mal la Enseñanza, o deformar a la juventud, sino, sencillamente, la garantía de que al finalizar el curso no quedáramos a merced de ciertas Empresas sin escrúpulos.

Hemos querido evitar que se arroje injusta e impunemente al Licenciado que no se prestó a firmar las calificaciones de unos alumnos que nunca asistieron a su clase, ni aun siquiera al Centro que le despedía.

Hemos pretendido que termine la coacción sobre el Licenciado, que o se sometía a las inmorales del económicamente poderoso y fuerte, o se veía sumido en la necesidad, la estrechez y el paro.

Hemos aspirado a que el Profesor, sabiendo garantizada por la Ley su permanencia en el Centro, recobre su prestigio y su fuerza moral y no se sienta un sér inferior; es decir, hemos que-

(Pasa a la página 11)



La situación de la Enseñanza Media en España, ha empeorado tan sensiblemente en estos últimos años, que una "cuestión" que no lo era con la Dictadura ni aún durante la República se ha convertido en "problema" y de los de más difícil solución, como consecuencia, si, de una Ley desdichada, pero también a base de la alegre despreocupación e irresponsabilidad con que han obrado los encargados de aplicarla y de cumplirla.

No vamos a insistir aquí en la crítica de esta situación reiteradamente expresada desde todos los ángulos de la más sana y responsable preocupación pedagógica y patriótica. Nos limitamos, simplemente, a lamentar que se haya desperdiciado una oportunidad tan favorable como fuera la histórica sacudida nacional del 18 de julio de 1936, para impulsar revolucionariamente a la juventud española hacia metas más ambiciosas, renovando los arcaicos sistemas pedagógicos —aunque, quizá en abril de 1939 el problema no se ofrecía tan acuciante como hoy. Y lamentamos, todavía más, haber llegado al triste convencimiento de que esto no tiene solución. Y nos basta, para confirmarlo, el considerar la resistencia y la campaña de desprestigio opuesta sistemáticamente a la presencia del Frente de Juventudes en los grandes centros de enseñanza privada...

Y si este problema de la Enseñanza Media, tiene hoy difícil arreglo, por el juego de intereses que se mueven en torno suyo, el Estado, con criterio realista y práctico, lejos de enzarzarse en una pugna ingrata y comprometida, ha polarizado su atención hacia otros aspectos del problema, no menos necesitados de una urgente e inteligente solución, abriendo un nuevo frente en la difícil batalla de la enseñanza. Pues no se trata solamente de mejorar la enseñanza de los que ya la reciben, sino de proporcionarla a quienes hasta ahora no la recibían. Y aquí sí que tiene el Estado una gran labor a realizar. Para elevar el nivel cultural en importantes zonas españolas desprovistas de centros de enseñanza adecuados; para recoger y orientar a los muchachos españoles no encaminados hacia las carreras universitarias, y dotarles de un bagaje cultural y de especialización profesional y técnica; para contribuir, en la medida de lo posible, a remediar el absentismo, ya demasiado forzado por el éxodo hacia los núcleos industriales.

Este rico repertorio de finalidades, cuyo cumplimiento únicamente puede acometerse con medidas tan revolucionarias como la que comentamos, justifica plenamente la esperanzada ilusión con que hemos recibido la creación de los Institutos de Enseñanza Media laboral, en una serie de poblaciones españolas, con reconocimiento de una necesidad social y política nacional. Con ellos se emprende una tarea inédita, libre de rutinas y malos hábitos, para incorporar a la sociedad española nuevas promociones de juventudes proletarias y campesinas, capaces de aportar, con su calor humano y vital, una inquietud política y una curiosidad intelectual, que echamos de menos en los pobres naufragos del bachillerato "de trámite" que se estrellan ante los muros del Examen de Estado y quedan —truncada la vocación en la cuneta de la vida.

Uno de los hechos más sorprendentes y descorazonadores de la decisiva etapa que estamos viviendo hoy lo sepamos, lo constituye la absoluta ignorancia del pensamiento de José Antonio que manifiestan, sin la menor sombra de pudor, quienes se muestran contrarios a la doctrina falangista, y el radical desconocimiento de esta doctrina por muchos que dicen ser y se consideran falangistas. En unos y en otros, sorprende que a los quince años de vigencia de aquellos principios doctrinales, no se hayan tomado la molestia de estudiar detenidamente la obra de José Antonio, en tanto afirman sus opuestas actitudes en bases meramente formales, en "ex" y en "antis"...

Queremos conducir, pues, al amigo lector de este rincón de "LAYE" —que demuestra su exquisita preferencia por acercarse al claro magisterio espiritual y político que aquí evocamos con rigurosa fidelidad—, junto a un texto, cuya justa expresión, cobra hoy la más viva actualidad. Se trata del discurso pronunciado en el cine Madrid, el día 17 de noviembre de 1935, y es uno de los más completos y logrados, en cuanto a la exposición de su pensamiento político. En él hace una crítica certera del capitalismo, a la cual remitimos al lector, con especial recomendación, porque deliberadamente se ha silenciado la actitud de José Antonio contra el capitalismo. Aquí nos limitaremos a transcribir una síntesis. "El capitalismo hace que cada hombre sea rival por el trozo de pan. Y el liberalismo, que es el sistema capitalista en su forma política, conduce a este otro resultado: que la colectividad, perdida la fe en un principio superior, en un destino común, se divide en explicaciones particulares"... "Pérdida la armonía del hombre y la Patria, del hombre y su contorno ya está herido de muerte el sistema. Concluye una edad que fué de plenitud y se anuncia una nueva edad ascensional." "Esta pérdida de armonía del hombre con su contorno origina dos actitudes: una, la que dice: Esto ya no tiene remedio, ha sonado la hora decisiva para el mundo en que nos tocó nacer, y no hay sino resignarse, llevar a sus últimas consecuencias la dispersión, la descomposición." Es la actitud del anarquismo, que resuelve la desarmonía entre el hombre y la colectividad disolviendo a la colectividad en los individuos. Otra actitud es la heroica: la que, rota la armonía entre el hombre y la colectividad, decide que ésta haga un esfuerzo desesperado para absorber a los individuos que tienden a dispersarse. Estos son los Estados totales, los Estados absolutos."

Y aquí viene la afirmación que más nos interesa subrayar, por cuanto supone de réplica a la acusación de que José Antonio propugnaba el totalitarismo del Estado: "Yo digo que si la primera de las dos soluciones es disolvente y funesta, la segunda no es definitiva. Su violento esfuerzo puede sostenerse por la tensión genial de unos cuantos hombres, pero en el alma de esos hombres late, de seguro, una vocación de interinidad: esos hombres saben que su actitud se resiste en las horas de tránsito pero que, a la larga se llegará a formas más maduras en que tampoco se resuelva la disformidad anulando al individuo, sino en que vuelva a hermanarse el individuo con su contorno por la reconstrucción de esos valores orgánicos, libres y eternos, que se llaman el individuo portador de un alma; la familia, el Sindicato, el Municipio, unidades naturales de convivencia."

La cita ha sido, quizás, un tanto extensa. Pero valía la pena de recogerla, porque ilumina, con claridad y precisión, la postura de José Antonio frente a transitorios estados de fuerza, que si no se perfeccionan y maduran, quedan en una interinidad estéril que ha de resultar cada vez más nociva si se pretende perpetuarla eternamente.

Extracto de las disposiciones oficiales publicadas entre el 1.º de agosto y el 30 de septiembre de 1950 en el Boletín Oficial del Estado:

Decreto de 21 julio sobre creación en Alcira y Alcañiz de un Centro de Enseñanza Media y Profesional en su modalidad agrícola y ganadera. (B. O. de 1 de agosto 1950).

Decreto de 21 de julio, creando en la Facultad de Ciencias de Madrid, la Cátedra de "Física atómica y molecular" (B.O.E. de 1 agosto).

Orden de 5 de julio por la cual se nombra a don Vicente Navarro Romero catedrático de "Talla escultórica" en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge, de Bar-

celona (B. O. E., 3 agosto).

Decreto 7 julio por el que se aprueba el Reglamento para las Escuelas del Magisterio (B. O. E., 7 agosto).

Orden de 19 julio por la que se crea en Almedralejo un Centro de Enseñanza Media y Profesional de Modalidad agrícola, ganadera e industrial. (B. O. 13 agosto).

Orden de 2 agosto creando en Santoña un Centro de Enseñanza Media y Profesional (B. O. 14 agosto).

Decreto 10 agosto sobre el I.C.A.I. (B. O. E., 22 id.).

Orden 31 agosto, prorrogando los nombramientos y encargos de enseñanzas en las Universidades por todo el curso de 1950-51. (B. O. 8 de septiembre).

Decreto 10 agosto sobre creación en Daimiel de un Centro de Enseñanza Media y Profesional agrícola-ganadero. (B. O., 14 septiembre).

Orden 5 septiembre por la que se prorrogan por el curso 1950-51 todos los nombramientos vigentes del personal técnico-profesional que presta sus servicios en las Universidades, y otra de igual fecha, prorrogando asimismo los nombramientos de Profesores de Formación Política en las Universidades (B. O. 18 septiembre).

Orden de 28 de agosto por la que se convoca a concurso de traslado la cátedra de "lengua árabe y árabe vulgar" (1.ª cátedra) de la Universidad de Barcelona (B. O. del E., 25 de septiembre).

LOS PREMIOS DE LA CIUDAD DE BARCELONA

El 31 de octubre de 1950 finaliza el plazo para la admisión de los trabajos destinados a optar a los distintos premios creados por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona y que serán otorgados el día 26 de enero de 1951, coincidiendo con la conmemoración de la imborrable fecha de la Liberación de nuestra ciudad. A las distintas manifestaciones de orden político y patriótico con que tradicionalmente se celebra la anual festividad, se unirá en adelante por feliz decisión municipal, este magno certamen de la cultura barcelonesa como exponente fiel de los altos valores espirituales que alberga nuestra ciudad.

Los premios que se adjudicarán, son los siguientes:

Premio de Novela de la Ciudad de Barcelona, 25.000 Pesetas.

Premio de Teatro de la Ciudad de Barcelona, 25.000 Pesetas.

Premio de Poesía de la Ciudad de Barcelona, 10.000 Pesetas.

Premio de Música de la Ciudad de Barcelona, 25.000 Pesetas.

Premio de Fotografía de la Ciudad de Barcelona, 5.000 Pesetas.

Premio de Cine documental de la Ciudad de Barcelona, 10.000 Pesetas.

Con esta acertada iniciativa, el Ayuntamiento de Barcelona renueva la gloriosa tradición de mecenazgo y de estímulo que siempre mantuvo la ciudad para con las Letras y Bellas Artes; merece por ello nuestra más cordial felicitación, como asimismo se ha hecho acreedor a la gratitud de los intelectuales y hombres de espíritu y de todos los buenos ciudadanos y amigos de Barcelona.

ERRATAS

Nuestro número anterior correspondiente a los meses de julio-agosto, debió llevar la numeración 5-6, que por error, fué omitida. El presente número es pues el 7, lo que nos complacemos en aclarar para tranquilidad de aquellos lectores que conservan la colección de nuestro "Boletín". A ellos, y a cuantos tienen la amabilidad de leernos, les rogamos que soporten con benevolencia las molestas erratas que sufre "LAYE". Gracias.



Redacción en la Delegación de Educación Nacional: Jefatura Provincial del Movimiento, P.º de Gracia, 38-Barcelona

BOLETIN CULTURAL EDITADO POR LA DELEGACION DE EDUCACION NACIONAL DEL DISTRICTO UNIVERSITARIO DE CATALUÑA Y BALEARES



IMPRIME: SAETA - LORETO, 48

DE ENSEÑANZA MEDIA

El panorama que nos ofrece el estado de nuestra Enseñanza Media, a medida que van transcurriendo los cursos, es cada vez más desolador. La campaña revisionista de 1946 contra la Ley Sáinz Rodríguez, dió lugar a que en el verano de 1947 se discutieran las bases de un proyecto de reforma que no ha visto la luz; de entonces acá se han agudizado de tal forma las cuestiones de la Enseñanza Media, que sólo una nueva Ley inspirada en el recto criterio de servir exclusivamente a las exigencias de nuestra Cultura, y no a egoísmos bastardos de grupo o clase, las puede subsanar.

Carecemos a estas alturas de una auténtica Enseñanza Media genuinamente nuestra, capaz de producir con su beneficioso influjo, la transformación radical que necesita la juventud actual, para convertirla en un día no lejano, en la firme cantera de la que han de salir las clases directoras de nuestra futura sociedad, considerada ésta en sus múltiples aspectos: cultural, técnico, económico, social, político... y como antesala necesaria para llegar a la Universidad.

Tan evidente resulta ya a todas luces la verdad de esta afirmación, que comienza a sentirse cierta inquietud, y no precisamente en los medios culturales, puesto que de vez en cuando leemos párrafos que, como los que siguen, transcribimos de un periódico local:

"Dos grandes grupos prevalecen en la Universidad actual: el de los empollones y el de los frívolos. En ambos existe una característica común: la vulgaridad. A los primeros les preocupa fundamentalmente el programa; a los otros el color y calidad de las corbatas. Las ideas generales, la espontaneidad creadora, los propósitos renovadores, la ilusionada iniciativa, las intemperancias contra la mediocridad ambiente, no tienen para ellos ningún sentido. La mayoría son párvulos en tono mayor..." "El tono gris de las actuales promociones impide sacar eficacia de su superior formación y estudio. En muchas ocasiones su saber parece ser un saber fiambre. Si ello no se remedia es probable que durante muchos años la historia y los quehaceres sustanciales lo realicen los viejos o los hombres de hoy."



En efecto, los estudiantes universitarios de hoy carecen de la formación integral que para la Universidad y la creación de espíritus cultos, se requiere. Pues una Enseñanza Media bien orientada tiene como fin primordial el cultivo de la inteligencia en esa edad crítica de los once a los dieciocho años, en que también coinciden en el alumno, su casi total desarrollo físico, unido al del logro de la caracterización de su personalidad. Por eso en dicho tiempo debe conseguirse la alta misión de descubrir en él sus cualidades intelectuales, sus inclinaciones afectivas, la dirección de su espíritu y sus valores morales y religiosos; entrenado y debidamente dirigido en la justa y adecuada medida en esas facetas personales, se obtendrá de él un sujeto activo con positivos valores, que no será indiferente al acopio de ideas generales, a la espontaneidad creadora ni a la individual iniciativa.

Y ¡cuán lejos estamos en los momentos presentes de lograr tan provechosos resultados en nuestros Bachilleres!

Alguien ha dicho y con muy buen criterio que "las altas exigencias de la educación del adolescente, requieren que el maestro no se anífe como suele decirse, que no se ponga al nivel del mismo discípulo, sino que se conserve a la al-

tura de las artes y de los saberes que el alumno debe aprender y que sin descender él consiga que el discípulo ascienda a esas elevadas cimas" pues "el maestro que no está a la altura del ideal que intenta enseñar, representa ante el discípulo una triste figura y provoca su hilaridad".

¡Magnífico concepto de lo que debe ser un maestro y qué diferente criterio de la opinión



vulgar que se patrocina con tanto encono en algunos sectores de la Enseñanza!

He aquí una cuestión de capital importancia que justifica la imposibilidad de sacar "eficacia de los alumnos en su superior formación y estudio y el porqué su saber parece ser un saber fiambre": hace falta que esos alumnos sean dirigidos por maestros.

Y esto no se logra con la vigente Ley, permitiendo a voleo el funcionamiento de Centros dedicados a la Enseñanza Media sin las debidas garantías y el que cualquier persona sin preparación especial alguna, se dedique a ese género de enseñanza sin riesgo de ninguna clase; pues el paso de cada curso al siguiente se confiere en tales formas que, es por su facilidad, como se aprecia y estima por los escolares y sus familias la bondad de tales Centros docentes.

Es preciso revalorizar los títulos universitarios, pese a quien pese, y velar por su unidad, dándoles el rango y distinción que a su alta misión en la cultura patria se les confía, respaldados siempre por una rigurosa selección entre los candidatos que aspiran a obtenerlos; pues es solamente del rigor en la selección de tales títulos, de quien puede esperarse la pureza y calidad de los conocimientos científicos y humanísticos, para así conservar mejor el cultivo de las letras, las artes y las ciencias. Lo contrario, como la facilidad regalona que hoy se encuentra para llegar a obtener la validez oficial de los estudios de Enseñanza Media y otras que se van ya oteando por el horizonte, terminará por conducir al paso que vamos a la situación que llegamos a experimentar en las posrimerías del siglo XVIII: multiplicidad de Centros docentes particulares, que hoy ya es un hecho; facilidad en la aprobación de los estudios para el logro de los títulos y así compensar la competencia docente, que también es hoy realidad; diversidad de planes de estudios, que también ha pa-

sado ya por algunas mentes, y por último, un manifiesto descenso en la cultura nacional que, por lo que respecta a la Enseñanza Media, lo estamos viendo palpablemente. No se concibe que entre tanto Centro privado que nace como por generación espontánea y mientras el Estado se preocupa en la difícil tarea de dar vida a los Institutos laborales de reciente creación, pretendiendo estabilizar a su profesorado interino mediante la oposición directa, en cambio a los Institutos Nacionales con su cuadro completo de profesores escrupulosamente escogidos por el Estado, es el mismo Estado quien los coloca en el plano inferior de equiparlos a cualquier Centro regido por un simple cuadro de Licenciados, que no siempre resultan ser Licenciados ni mucho menos.

Es curioso observar que aquellos Institutos Nacionales que pretenden mantener la Enseñanza Media, no a la altura a que ella debe conservarse, sino solamente verificar las pruebas de examen con un mediano decoro, ven despojar sus aulas; en cambio aquellos Institutos que dan puerta abierta para su acceso a los mismos, son el blanco de la censura, más acreada por ser dichos Centros del Estado, por parte de quienes olvidando lo que ocurre a su lado, contribuyen más que nadie a forjar en sus manos esas legiones de "párvulos en tono mayor".

Y por Tirios y Troyanos resulta que, contando el Estado con un nutrido grupo de Profesores especializados y unos Centros adecuados de los que debiera salir la tónica general en que deben mantenerse los estudios de Enseñanza Media, tenemos a ésta agonizando y a aquellos reducidos a su más mínima expresión, sin que por ninguna otra parte veamos que alumbre una aurora de rescate, en el vacío que se impide llenar a los Centros oficiales.

Por esto mucho nos congratularíamos que la oportuna creación de los Institutos laborales en ciertas comarcas encontrase el apoyo que merece por parte de las autoridades locales y provinciales en que van a instalarse, cosa que hasta hoy no ha sido muy frecuente en España; de este modo las instituciones creadas por el Estado se verían más amparadas del elemento oficial y del seguro apoyo de éste cabría esperar una mayor eficacia de aquéllas. Estos Institutos laborales además de cumplir la misión para la cual se les destina, pueden encauzar a muchos escolares que hoy acuden sin grandes probabilidades de éxito a la Enseñanza Media, evitándose así cierto absentismo estudiantil que sólo contribuye a acrecentar el fracaso de muchos Bachilleres, y al mismo tiempo cubrir una laguna que no se ha cegado con el concurso de la iniciativa privada, a pesar de las prerrogativas que la vigente Ley concede para el funcionamiento de Centros de Enseñanza Media.



Y puesto que en definitiva el profesorado de estos Institutos laborales ha de cubrirse mediante oposición, nos alegraría que para la buena marcha de las enseñanzas y el mejor éxito de los Centros, las oposiciones fueran lo antes posible, ya que la experiencia demuestra que lo que cuesta ganar, es lo que puede desempeñarse con tesón y defenderse con ahínco; las interinidades poseen muchos inconvenientes y en este caso el comprometer la vida misma de los Centros.

A. C. T.

UN CASO DE ABNEGACION Y PATRIOTISMO EN EL INSTITUTO DE TERUEL

Aunque lo diga la Ley Sáinz Rodríguez es cierto que "la labor abnegada y patriótica del Cuerpo de Catedráticos de Enseñanza Media desde 1936 es digno del mayor encomio y gratitud". Prescindiendo por ahora de examinar si ha sido encomiado y agradecido con algo más que con palabras nuestro patriotismo y abnegación, no puedo resistir a la tentación de demostrar con hechos el aserto del ex ministro que llegó a conspirador.

En 1936 tenía el Instituto de Teruel todas sus cátedras cubiertas. Dieciséis profesores componían su claustro. Como no hemos de ocultar ni un ápice de la verdad, dos desaparecieron en los primeros días del Glorioso Movimiento; otras dos, eran mujeres, fueron sorprendidas por éste en Madrid: uno, en exceso de prudencia, voló a Navarra, ciertamente no a tocarse con la laureada boina del requeté, sino en busca de lugar seguro; el resto, más un catedrático que de las rojas pasó a nuestras filas, y algún nuevo profesor que cubrió bajas, permaneció en su puesto. Era la actitud lógica de unos hombres que habían demostrado su patriotismo y abnegación en los tiempos heroicos.

En abril del 36 los socialistas declaran la huelga general en la ciudad, pero en el Instituto se dan algunas clases hasta que el Gobernador Civil ordena la suspensión. Pocos días más tarde se truecan los papeles. Por solidaridad con los falangistas zaragozanos, los estudiantes terulenses, respaldados y dirigidos por sus profesores, declaran la huelga y no se abren las aulas a pesar de la intervención gubernativa.

Permanecer en su puesto en Teruel durante toda la contienda significó sufrir el primer bombardeo de la aviación el 23 de julio de 1936 y el último el 29 de marzo de 1939; sentir las incursiones de los aviones enemigos sin ninguna defensa antiáerea; escuchar en un solo día ochenta y seis veces las señales de alarma; extraer de los escombros humeantes los cuerpos horriblemente mutilados de los sacerdotes y niños de coro de la Catedral hundida; de las religiosas de su convento derribado; de la madre muerta que sostiene aún en sus brazos el cadáver de su hijo; del obrero, sin aspecto de hombre, cuyo corazón late todavía a las treinta horas de sepultura en vivo; del soldado que encuentra en la plaza a la muerte, su novia esquivada en el parapeto; y todo esto entre una sinfonía de tiros, de lamentos, de imprecaciones, de odio; significó perder el ajuar y los libros; significó recibir al volver cualquier esquinca la caricia mortal de proyectiles de cañón, de ametralladoras y hasta del humilde fusil; significó ocupar sin miedo los cargos directivos y de responsabilidad en el Instituto, en el Ayuntamiento, en la Diputación, en el Gobierno Civil, en la Comandancia Militar, o en la Jefatura de los partidos polí-

ticos; significó tener, desde los primeros días de la guerra, el frente a pocos centenares de metros de la plaza; significó vivir prácticamente cercado meses y más meses; trocar las letras por las armas, en más de una ocasión, para detener las reiteradas acometidas de los rojos, hasta que en diciembre de 1937 el asedio fué total y definitivo. Y hasta ese día y en estas condiciones se dieron las clases en el Instituto de Ternel desde el principio del curso 1937-38. El resultado fué que el claustro en bloque vino a dar con sus huesos en la cárcel, excepto cuatro de sus miembros que cayeron, con mayor o menor gloria, en la lucha. Los tres únicos catedráticos supervivientes saben bien lo que son quince meses de cárceles rojas, tras quinientos treinta días de frente.

Describir los 25 días de sitio sin otro alimento que garbanzos duros o azúcar quemada, sin otra bebida que la botella de coñac o la nieve recogida hasta de sobre los cadáveres; sin un minuto de seguridad o de descanso ni de día ni de noche, amenazados desde el cielo por la aviación, desde la tierra por las minas y desde todos los lados por los cañones, los tanques, los morteros, las bombas de mano y los demás ingenios de destrucción y muerte; reseñar con detalle aquella epopeya desbordaría los límites de un breve artículo periodístico. Pero no podemos silenciar sendos episodios en que perdieron su vida dos profesores de Teruel.

En los primeros días de 1938 era el Banco de España uno de los escasos edificios en que los valientes resistían aún. El catedrático de Física, don Manuel Pardos, que desde el principio hacía servicios de armas, no obstante los cincuenta años de su edad, oteaba, fusil al hombro, con sus gemelos, desde la terraza, la posible llegada de la aviación enemiga. Una terrible mina plegó el solidísimo y moderno palacio como si de un ligero castillo de naipes se tratara. Allí encontró su sepulcro don Manuel, cuyo cadáver no pudo ni identificarse ya.

(Pasa a la página 5)

INTRUSISMO Y CANDIDEZ

El cuento de la lechera, eterno, se repite hoy en día para demostrar la sabiduría del fabulista. Pero, forzado por el cambio de los tiempos, tiene que estar a la fuerza matizado por las nuevas modas. Y una de ellas es, precisamente, al impulso de la democracia creciente de nuestra sociedad, la intelectualización de la antes cándida lecherita que acudía con su cántaro al mercado y la "lecherificación" — término que brindamos a nuestros académicos— de los antes sesudos intelectuales.

Esta segunda versión del cuento de la lechera ha ocurrido, precisamente, en nuestra ciudad. La lechería ya no está en el campo, como antes, sino tan sólo en el extrarradio: en San Gervasio. Y el antes mercado, meta de las ilusiones lecheriles, en el que se abrían a la lecherita las amplias posibilidades de un futuro de ri-

queza ganadera se convierte hoy en un Instituto de Enseñanza Media, emporio de posibilidades futuras en el campo de la Ciencia, que deseaban ofrecer a su retoño los lecheros de San Gervasio.

Pero para llegar a tal porvenir científico en el Instituto lo primero que hay que hacer es ingresar. Y aquí empieza ahora la lecherificación del intelectual de que hablamos. Y éste es un llamado maestro, no titulado, que se compromete a "meter" al hijo en el Instituto en junio y hacerle aprobar primer curso en septiembre por unos módicos honorarios mensuales, que entre pitos y flautas ascendieron a 3.000 pesetas en cuatro meses, amén de 600 para libros y otras 500 para la matrícula en el Instituto (es de advertir que la matrícula de Examen de Ingreso en el Instituto es de 30 pesetas). Hasta aquí podría llegar el fenómeno de la "lecherificación".



Pero la cosa aún no para. Llega el día del examen y los lecheros hacen sus célebres cuentas, figurándose al niño Bachiller, luego Abogado, luego Notario y luego Director General de los Registros y del Notariado. Mientras tanto le visten con las mejores galas y el muchacho se presenta. Resultado: tres faltas de ortografía en el dictado y la división equivocada. A pesar de todo asegura a su familia que el profesor le ha dicho que está aprobado.

—¿Y el libro de Escolaridad? —pregunta el padre, que aunque lechero ya no es tan cándido como pudiera parecer.

—Se lo ha quedado el profesor, pero esta tarde me lo dará.

Al día siguiente el libro ostenta un magnífico APTO. Pero cierto tachoncito a la izquierda escama al padre, recordando la tardanza del niño en entregarlo. Se va al Instituto y se enterá de que en actas la calificación de su hijo es un NO APTO, comprendiendo que las raspaduras de la izquierda del APTO filial corresponde al NO de las actas. El padre, en la certeza de que la falsificación es obra del pijo de su retoño, monta en cólera, vuelve a su casa y le pega una sornia de pronóstico reservado. El niño aulla que él está aprobado porque el profesor, que es muy bueno, se lo ha dicho, pero es inútil.

La segunda gran sorpresa del padre es, sin embargo, al día siguiente cuando recibe la visita del tendero de la esquina al que le ha ocurrido el mismo fenómeno con el hijo, el cual le asegura que no son los chicos autores de la falsificación, sino el honesto

(Pasa a la página siguiente)

SOBRE POLINACIONALISMO

Un suelto tan sobrio, como sustancioso, que una bien cortada pluma de "L'AYE" dedicó al opusculo del docto Catedrático doctor Almagro, comentando la reciente obra de Bosch Gimpera sobre el polinacionalismo de España, ha despertado en mí el impulso de terciar en la cuestión, por tratarse de algo sustancial en mi intensa y ya vieja actuación, lo mismo en la tribuna que en la Prensa. El problema en que hurga el exilado Profesor no se siente, no ya con el furor, sino ni siquiera con el fervor de las batallas incipientes, en las que, al intervenir las primeras promociones agitadas por el calor de la esperanza, se empujaban todas las baterías y se desplegaban las máximas energías para el triunfo de la idea que se persigue, o del objetivo codiciado.

El Nacionalismo desintegrador de la unidad histórica de España, el separatismo, hablando con leal franqueza, es su exponente exacto, que ha sido una cruda y amargante realidad en nuestra tierra, durante más de treinta años, en el periódico, la Revista, la Cátedra, el Municipio, la Universidad y hasta —triste es decirlo— en la misma Iglesia, o, al menos, en bastantes de sus prohombres, se siente hoy cohibido por la situación política creada a raíz de nuestra guerra de liberación, lo que no equivale a pensar que se haya extinguido, porque hay mil síntomas que lo denuncian como una palpación subterránea en las conciencias en lucha para exteriorizarse, y de cuyo ambiente, no por sordo, o callado, menos temible, es una sencilla indicación la obra mencionada en la que Bosch Gimpera repite por centésima vez lo que estamos hartos de oír los catalanes españoles respecto a las personalidades nacionales que forman un conjunto geométrico o artificial —de confección— que diría el existencialista Sartre, que se denomina España.

Al benemérito Catedrático de nuestra Universidad, a quien no tengo el honor de conocer personalmente, aunque sí el de admirarle, por la clásica ganancia de su estilo y por la sutileza de su maravillosa dialéctica, me voy a permitir la libertad de hacerle unas observaciones, antes de adentrarme en el análisis de la cuestión que plantea el libro del historiador catalán y para cuyo estudio me parece tener autoridad, refrendada por una actuación en pie de guerra durante más de 35 años —desde el 10 al 36— contra las confabulaciones hispanófilas en las que se mezclaban en confusión caótica las almas pías que comulgaban fervorosamente y las que, con la catapulta de sus envenenadas plumas —primero—, después con la hoz y el martillo, destruían los gérmenes de la fe en los espíritus y aventaban las cenizas de los templos incendiados con sádico placer.

Me refiero al concepto emitido acerca de los defensores de la unidad española, que según el pulcro escritor, lo fueron las izquierdas, y no los tradicionalistas, que entrocaban por su espíritu regre-

(Continúa en la página siguiente)



Un caso de abnegación y patriotismo en el Instituto de Teruel

(Viene de la página 4)

Por las mismas fechas el profesor de Francés, don Joaquín García Puerto, habíase refugiado en el Seminario. Casi septuagenario, se limitó a acompañar a los defensores del último reducto, acariciando la esperanza de la liberación. Postrado por una rebelde bronquitis, yacía en la dura tierra acompasando sus dolencias con golpes repetidos de molestísimos tos. Solían aplicarle inyecciones de Bronquimar. Pero he aquí que una noche los enfermeros se olvidaron de su caritativo menester. Habían bregado demasiado con el centenar de heridos ingresados en el botiquín. Alguien solicitó la intervención del sanitario de parte del Profesor y allí partió un voluntario con la jeringuilla cargada y el algodón empapado en alcohol, en busca del enfermo. A su regreso al puesto de urgencia, en que tantas miserias se contemplaban incesantemente, no hallaba el enfermero palabras para describir el cuadro dantesco. Tendido en el suelo de un cuartocho, se quejaba y tosía el anciano. Rodeábanle un centenar de niños del hospicio de Teruel, allí refugiados con las monjitas, que gritaban todos a la vez con fauces secas y desenchajados semblantes: Agua, Sor, agua, agua, agua!" El sanitario refería que, apenas acabó su misión, salió corriendo de aquel irresistible inferno. El corazón que no temblaba ante el montón de cadáveres, ni ante las heridas más horribles, o el espantoso fragor de la pelea, desfallecía ante aquella escena de espanto. A la mañana siguiente avisaron que don Joaquín había muerto.



No es el de Teruel el único caso de abnegación y patriotismo dentro del Cuerpo de Catedráticos de Enseñanza Media y sería a no dudarlo altamente provechoso airear estos heroísmos anónimos para convicción de incrédulos y mordaza de detractores.

F. L.

SOBRE POLINACIONALISMO

(Viene de la página 4)

sivo con la caverna o con la tribu. Con todo el respeto que me merece el doctor Almagro tengo el deber de rectificar su aserto. El tradicionalismo ha sido y es esencialmente español. Nacido en un hogar tradicionalista, en su programa y conducta de sus leales, aprendí a amar a España desde mi infancia, con todo mi corazón. Después del amor a Cristo, ningún amor, ningún sentimiento prendió en mí con tanta vehemencia, con tan fuerte pasión. España ha sido para mí el imán atractivo en todas mis actuaciones, el eje sobre el que giró constantemente mi laboriosa y atormentada vida; pero no fué simplemente un sentimiento platónico, de admiración a las grandezas de mi patria única, sino que se tradujo en una fuerza expansiva de luchador, que no me dejó retroceder jamás



Todos los tradicionalistas coincidían en el mismo pensamiento y a todos animaba igual sentimiento de admiración y amorosa pasión por nuestra Patria; y, fenómeno digno de singularizarse!, el clero catalán, mientras permaneció fiel a las ideas tradicionalistas, nunca se revolcó en la cienaga de los catalanismos, ni siquiera literarios; solamente, al desertar de sus filas o desasirse de sus banderas, fué captado por los ergotismos y sutilezas de las nuevas heterodoxias. Por la misma razón, en mí la reacción fué progresiva y ascendente y por mi amor a la patria y a la justicia social, sin esfuerzo alguno, al aparecer la Falange, quebrada la cuestión dinástica, fué para mí cosa espontánea y fácil y hasta obligada, el agruparme con el fervor de un neófito en las filas de la nascente organización.

La acusación de cavernícolas en el sentido mentado sería el mayor de los absurdos. El feudalismo o el regionalismo tradicional, no era ningún atentado contra la unidad de España. El respeto a ciertos privilegios o el culto a determinadas tradiciones, leyes, costumbres, folklore, literatura o idiomas, dentro del tradicionalismo auténtico no era ningún peligro para la unidad sacrosanta de España, de la que dependían las comarcas o regiones —de ello hablaré oportunamente— todas ellas unidas indisolublemente y a la vez fecundadas por la savia común, como las ramas viven, florecen y fructifican vinculadas al árbol corpulento de cuyas raíces centenarias se nutren.

Transcribo a este propósito unas palabras pronunciadas por José Antonio en el Parlamento, el día 30 de noviembre de 1934: "Por eso entiendo que cuando una Región solicita la autonomía, en vez de inquirir, si tiene las características propias más o menos conservadas, lo que tenemos que inquirir es hasta

qué punto está arraigado en su espíritu la conciencia de unidad de destino; que, si la conciencia de unidad de destino está bien arraigada en el alma colectiva de una región, apenas ofrece ningún peligro, que demos libertades a esa región para que organice su vida propia." El tradicionalismo ha sido la encarnación viviente y vigorosa de esa Unidad de Destino en lo Universal. Dentro del tradicionalismo, sinceramente concebido y honradamente practicado, no era posible que se abriese ninguna grieta en el Alcázar de la unidad irrevocable de la Patria.



Lo que debe prevenirse es el posible error de identificar la Nación con su sistema político impuesto más o menos artificiosamente al frente de sus destinos. El tradicionalismo, celoso de su Patria, luchaba denodadamente contra el régimen liberal, que agarrotaba a España. El adjetivo de cavernícolas, como el de trogloditas, o el de momias petrificadas en una época que ya murió, no nos lo imputaban por nuestro amor o respeto a ciertas tradiciones, privilegios o fueros, sino por nuestra ortodoxia intransigente, absoluta e inquebrantable. Habíamos aprendido que la raíz de la unidad española estaba en la religión cristiana y que toda la historia de nuestra Patria era un florecimiento magnífico de esa fe divina, sobrenatural, que no sólo sirve para conquistar el cielo, sino para labrar el progreso y la grandeza de los pueblos en el decurso de su vida colectiva y mirábamos con horror un sistema, un régimen, inserto en la médula de doctrinalismos exóticos y que, de catástrofe en catástrofe empujaba cada día con mayor violencia a nuestro país al abismo de su destrucción.

DR. JOSE MONTAGUT ROCA
Canónigo

INTRUSISMO Y CANDIDEZ

(Continúa de la página anterior)

profesor, puesto que él recibió el libro de la propia mano mágica.

No hay que decir que la visita de los dos comerciantes al honorable maestro debió de ser de aupa. Pero aún le quedó desfachatez para acusar al Instituto de falsificarse él mismo sus documentos públicos. Por todo lo cual el lechero ha debido entablar la correspondiente denuncia.

He aquí cómo se le desvanecen los sueños al lechero, que ya no ve a su hijo Bachiller, ni Abogado, ni Notario, ni Director General de los Registros y el Notariado. La intelectualización del lechero no va a ser posible, por desgracia.

Pero tampoco es posible la "lecherificación" del intelectual. Ni se puede permitir que pululen por ahí intrusos cuya incapacidad preténde cubrir a duras penas con la más supina falta de honradez. Y mucho menos existiendo unas magníficas Escuelas Preparatorias en algunos Institutos de Barcelona, donde los niños obtienen la preparación necesaria para entrar por la puerta de la honradez en la Enseñanza Media. Y si no un año, otro. Pero honradamente.

EL NUMERO TRES

por CARLOS IGLESIAS

INTRODUCCIÓN. La filosofía contemporánea nos dice que el hombre está en situación. Mejor dicho, *es* su situación. Este concepto es definido, ya como situación histórica, ya como situación de clase en el complejo económico, ya, en fin, por el psicoanálisis, como una especial relación con el propio cuerpo y con los demás hombres. Sin embargo, en todos los casos se acostumbra a ver en los objetos (entiéndase este término en el sentido más lato) que la constituyen la definición de la situación. La vida humana es concreta, cierto. "El vivir consiste en que el hombre está siempre en una circunstancia, que se encuentra de pronto y sin saber cómo sumergido, proyectado en un orbe o contorno incanjeable, en éste de ahora" (Ortega). Pero estar en situación es tener determinada consciencia de situación. La situación se define en primer lugar por la consciencia subjetiva, y no por los objetos que la constituyen. La situación del hombre es la situación de su consciencia, y ésta es ante todo consciencia de sí mismo.

Entonces sería posible hallar en el análisis fenomenológico de la consciencia el medio de definir estructuras fundamentales de la consciencia de sí mismo, que serían a la vez tipos de percepción del mundo. En suma, formas generales de situación.

No es éste, sin embargo, el camino que voy a seguir. En el proceso de objetivación de sí mismo que es toda teoría, los recursos analíticos son los últimos. Previamente opera en lo fondo del propio ser la incontrolable espontaneidad, y en el sucederse de los días y trabajos, el azar imprevisible. Por ello, voy sólo a dar un índice de temas, susceptibles de ulterior desarrollo y rigurosa estructuración.

En las filosofías, los mitos, la literatura, el arte, etc., se halla a menudo lo que provisionalmente puede llamarse la "forma dramática" de las objetivaciones de la cultura. A partir de una primera indefinición, casi indiferencia, crece, se desarrolla, un conflicto entre elementos opuestos, adversarios, que, al fin, vienen a ser sometidos a nueva paz, absorbidos en dinámico equilibrio por una suprema realidad conciliadora. Así, se presenta el mundo como un suceso dramático, siempre disolviéndose en dispersión, constantemente reducido a unidad.

Filosofía. Es en la filosofía donde, a primera vista, tiene que ser más fácil y más fructífera la empresa. Las "concepciones del mundo" encuentran en ella su expresión más depurada. Con todo es aquí también donde es mayor el peligro de confundir dos cosas inconfundibles: la primera, la que nos interesa, es la forma *total* de expresión del sentimiento vital, por los medios, de óptima transparencia, que ofrece el pensamiento; otra, muy distinta, son los pensamientos mismos. Una filosofía, por ser trágica, no es necesariamente objetivación del sentimiento trágico de situación. Así, la de Kierkegaard, cuyo tema es, en último término, el conflicto.

En cambio, sí lo es la filosofía de Hegel. La magna triada de Ser, Naturaleza y Espíritu es, en última instancia, transposición al plano de la totalidad de su honda experiencia juvenil de la tragedia griega. Pero también de sus estudios sobre la religión de Cristo y su comprensión radical de ésta como un suceso histórico de la Humanidad, brota su filosofía evolutiva. (1)

Así también en sus compañeros de Tubinga, Hölderlin y Schelling. Hölderlin ve a la filosofía y la poesía como el conocimiento heraclítico de

la unidad de los contradictorios. El órgano de este conocimiento es el Espíritu, que todo lo justifica: "¡Oh amigo! —dice Hiperión—, Por fin el espíritu nos reconcilia con todo"; pero queda la naturaleza, "la ruda naturaleza, que se ríe de la razón, y que está unida al entusiasmo"; es más bien una especie de armonía de los espíritus lo que reúne de nuevo lo que el entendimiento había separado: Estado de inocencia y de amor en que todo está espontáneamente unido, estado de dispersión en que todo se separa, y estado final de retorno a la unión primitiva, constituyen el proceso imaginado por Hölderlin. El segundo momento no hace sino preparar el tercero: "Nos separamos sólo para estar más unidos, para estar en una paz más divina con todas las cosas y con nosotros mismos." Una paz que es como el sentimiento puro y abstracto de la vida y del Ser. (2)

En la última filosofía de Schelling, la de su período teosófico, aun cuando temáticamente se enfrenta a Hegel y a su sistema racional, al final nos encontramos con que en el fondo am-

bos desarrollan el mismo sentimiento vital. La oposición a Hegel nace en Schelling de la convicción de que el mundo de ideas fundado en lo absoluto no pueden seguirse más que determinaciones necesarias, universales, absolutas. Por lo tanto, no existe ningún tránsito desde este reino de la *natura naturans* a lo "verdaderamente particular". El fundamento de la existencia de las cosas finitas "sólo puede estar en un alejamiento, en una caída de lo absoluto" (3). Sin embargo, la historia sigue siendo para él "La epopeya divina cuya *Iliada* representa el alejamiento de la humanidad de su centro y cuya *Odisea* representa el retorno." Y es en esta concepción evolutiva del universo (panteísta, neoplatónica, pero también paulina), en la que se refleja su sentimiento de situación, el mismo en los tres grandes de la última generación idealista alemana.

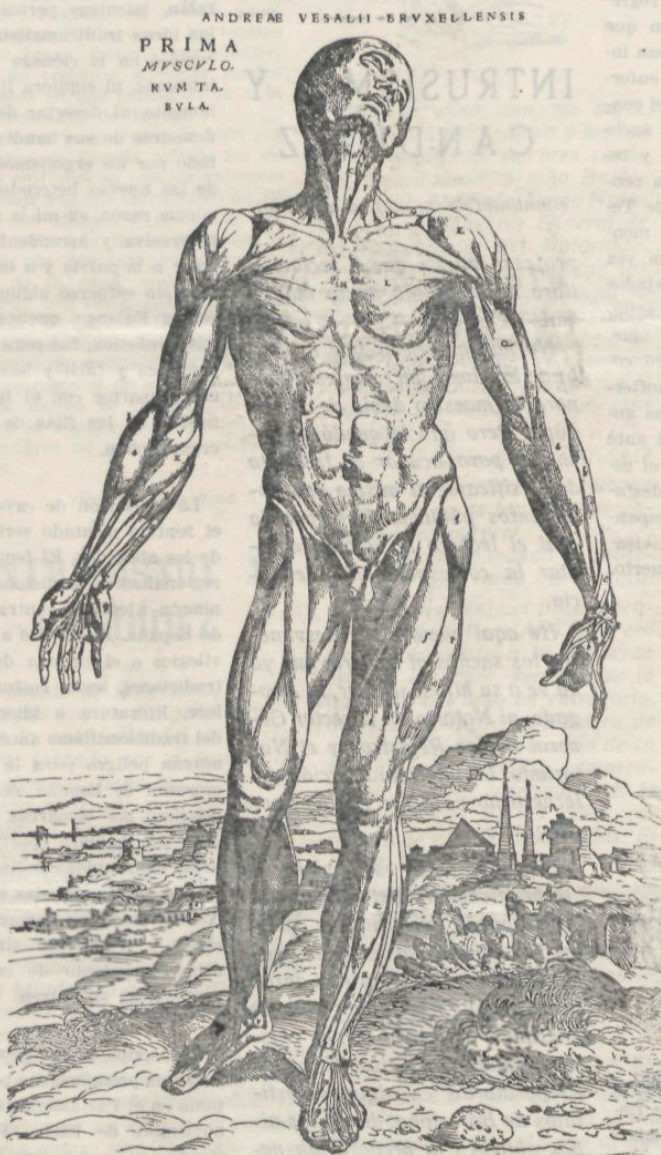
En Schelling, sin embargo, nos hallamos ya muy lejos de una filosofía rigurosamente fiel al instrumento intelectual; muy cerca, por otra parte, de los mitos.

tico de la recurrencia cíclica en el curso del Sol, la sucesión de las Estaciones, en la que la Naturaleza representa también su drama. De una de estas formas, la que se desarrolla en los "Sufrimientos de Dionisos" (Herodoto, V, 67), toma origen, según Gilbert Murray (4), la tragedia griega. (Como es sabido, también el teatro europeo nace en parte de las representaciones cultuales del misterio de la Pasión divina y su Resurrección, en los días de la Pascua.) Dionisos es una de las muchas formas del dios-año o dios de la Vegetación, como Osiris, Atis, Adonis. La historia de este dios-año es siempre la misma: nace como un niño milagroso, crece en belleza y en fuerza, vence, obtiene en premio a su novia, comete el pecado de *Hybris* o exceso, incurre en una transgresión a la ley, y luego debe necesariamente decaer, sufrir una derrota y morir. Sin embargo, la celebración de la muerte del dios-año tiene lugar, no en otoño, sino en primavera. Lo cierto es que el Año muere, pero vuelve a nacer inmediatamente, y prosigue recordando el mismo ciclo. El muerto Osiris es buscado, descubierto y devuelto a la vida; lo mismo ocurre con Dionisos, Adonis y Esculapio. Hay en la versión primitiva del mito una resurrección o renacimiento del héroe.

Puede darse también el mismo proceso, referido a tres personajes, a tres dioses, que se oponen sucesivamente.

Es decir, hay dos posibilidades: se puede tomar el ciclo de los años o de las estaciones en grupos de dos o de tres. Tomado en grupos de dos, es continuo: Osiris, el dios del trigo, Dionisos, el dios de las viñas, Atis, el del pino, Linos, el del Lino, todos ellos son asesinados cada uno a su manera, rotos en pedazos, aplastados o cortados por sus respectivos enemigos. Se llora sobre ellos en públicas lamentaciones. Luego, pueden renacer o ser redescubiertos al año siguiente, saludados con alegría, y cortados de nuevo. El enemigo, por lo común, es probablemente el invierno, pero puede ser simplemente el segador con su hoz. Pero, al tomarse conjuntos de tres, tenemos en primer término el Dios-año o Rey, la vida del mundo floreciendo. Luego viene el enemigo, el frío, la sequía, el segador, que los mata, y deja el mundo muerto y la humanidad sin esperanzas. Es el segundo. Luego, en la nueva primavera, aparece el tercero de la serie, la nueva vida de las mandadas y de los caminos, el Salvador, que rescata el mundo de la muerte.

Hay un proceso de moralización del acontecimiento; se plantea en él el problema de la teodicea, y se le unen ideas de salvación. En la religión cristiana, por eso mismo, se constituye en tema central. Ya me he referido al influjo que tuvo sobre la filosofía de Hegel.



(1) Dilthey: Hegel y el Idealismo. Fondo de Cultura Económica, México.
(2) Bréhier: Historia de la Filosofía. T. II, pág. 611.

Mitos. Para nuestro objeto bastará destacar las múltiples formas que toma la transposición al dominio mi-

(3) Dilthey: Ob. cit., p. 292.
(4) G. M.: Esquilo.

ro que sólo sirven de puntos de referencia; pero el cuadro vive en las zonas intermedias, se realiza en el tránsito proliferante, tanto más cuanto más complejo y variado sea éste, pero a la vez de ritmo más amplio, más gozoso y libre.

No hay que ver, pues, en la pintura, un resultado, absorbido en sí mismo. Un cuadro tiene interior movimiento, evolución, es un drama. Ahora bien, éste se realiza en la contemplación. Ante el cuadro, el espectador pasa por tres momentos: el primero es un simple hacerse cargo del conjunto; ya de la anécdota, ya de las dominantes formales, según sea el interés que oriente su contemplación. El segundo momento es el análisis de aquél en sus elementos constitutivos: la mirada recorre metódicamente el cuadro en todos sentidos, se hace cargo en la medida de lo posible del detalle, de las relaciones establecidas por el pintor entre unas partes y otras, éste y aquél elemento; el tercer momento es el de la visión sintética. Entonces el cuadro se resuelve ya en luz, si la técnica fundamental es claroscurista, ya en color, si es colorista. Luz y color determinados por la estructura concreta del cuadro, tanto más intensos cuanto más conseguido éste. La intensidad no es, pues, aquí, una categoría física, sino estética; un *súmmum* de intensidad estética puede coincidir con un *mínimum* de intensidad física, y al revés.

No sé hasta qué punto la clasificación de Lothe tiene valor general. En el retrato, sobre todo, me parece difícil aplicarla. El ritmo ternario aquí descrito sería posible sólo en el paisaje. En todo caso, es claro el parentesco que ofrece, en su sentido último, con los tipos antes descritos.

Mis conocimientos musicales son nulos. Sin embargo, me atrevo a afirmar que la estructura de la sinfonía, con el desarrollo de sus temas, en complicación y hondura progresivas, hasta el tema superador final de la coda, se adapta del todo a mi esquema.

5.

LITERATURA. A la novela y al drama, a pesar de que estos géneros difieran entre sí radicalmente, tanto por su forma interna como por la externa, es habitual aplicar un esquema, el mismo, de planteamiento, intriga (o desarrollo) y resolución. Por lo tanto, me parece innecesario insistir. Quizá puedan interesar, sin embargo, algunas consideraciones acerca de la técnica de la novela policíaca, en paralelismo con un punto muy importante de técnica pictórica, señalado también por Lothe. El drama, pictórico, decía, entre los coloristas se desarrolla en la zona intermedia de los grises. En efecto, es ley fundamental que: el colorista no use todos los colores del prisma puros; un solo color violento basta para dar vida a la composición. En nuestra hipótesis de gama rojo-anaranjado, éste estaría ya disminuido, sólo el primero sería puro. "Témoin, borne, [la couleur violente] limite le jeu de la modulation; cri, elle ponctue l'interminable chuchotement de la musique picturale."

Si tenemos en cuenta, además, que el término de la contemplación y, por consiguiente, del drama pictórico, no está en la intensidad física de luz o color, sino en la síntesis de todos los componentes físicos en la luz o color "pictóricos", se nos hará evidente una curiosa analogía.

En efecto, también en la novela policíaca clásica, la que se atiene rigurosamente al esquema de: crimen, investigación, revelación del culpable, hallamos el color puro. Es muy frecuente, en efecto, que ya en los últimos episodios de la novela, cuando se presiente de un momento a otro la revelación del criminal, el curso de los acontecimientos sufra una brusca aceleración (y es la única agitación que se permitirá, por ejemplo, Agatha Christie): un nuevo crimen que se comete o, para prevenirlo, un alarde de velocidad que se le exige al detective; o la franca persecución del criminal; o un sospecho, tenido ya por

(pasa a la página 11)

Sobre la Filosofía del Hombre

por JESÚS NUÑEZ

Dícese de Thales, el primer filósofo Milesio y fundador de la Filosofía occidental, que por mirar al cielo cayó a un pozo. Para salir de él no tuvo más remedio que hacerse cargo de la situación y agarrarse a la cuerda del cubo. Así le ocurre, en líneas generales, a la Filosofía. Aunque dar generalidad a una interpretación es siempre a costa de su exactitud. El perderse el hombre a sí mismo en la contemplación del Universo no es más que un medio de volverse a encontrar más plenamente. Por lo menos, de buscarse con afán.

El encuentro del hombre consigo mismo no es un producto de la Filosofía contemporánea, esencialmente antropológica. Por el contrario, el consejo de que el hombre se conozca a sí mismo y no se pierda en la investigación — o la fruición — de "lo otro", ya era predicado por el viejo Apolo de Delfos al recoger en su templo la

volver a buscar al hombre auténtico, perdido a fuerza de volar insensatamente por el cielo sin aire de las Ideas o de atomizarse sin fruto con arreglo a las leyes de cuchillo de la Lógica.

El primer toque de alarma lo dieron los neokantianos de Marburgo, desengañados de los devios del idealismo. Kant está incompleto — pensaron —, puesto que sus investigaciones sólo sirven para las Ciencias de la Naturaleza. Existe un dominio que él no tocó y que tiene un "a priori" propio que debe ser investigado. Ese dominio es la Cultura (1). En esta Cultura deben comprenderse todos los productos de la obra del hombre, productos que escapan a las leyes naturales por ser producto de algo no material: el Espíritu. Empiezan a sentarse las bases de una antropología sentada sobre la característica primordial de lo histórico: el devenir. El campeón de esa sentencia es el solitario Dilthey, que llevó

guió un fruto grandioso: poner al hombre como tema central de toda la Filosofía contemporánea.

Esto supone cierta valentía planteada por la urgencia de los tiempos. La vuelta al interior de sí mismo, paradójicamente, no puede hacerse tranquilamente. La urgente autointerrogación "¿Qué soy?" sólo se la hace el inquieto. Tiene que ocurrir una sacudida para el despertar del hombre a su conciencia (2).

"A esta reflexión sobre sí" — dice Martin Buber en su librito "¿Qué es el Hombre?" (3) — "propende sobre todo el que se siente solitario y él es también el más capacitado para ejercerla." Esto explica la meditación de San Agustín, en medio de la angustia de la disyunción cielo-infierno, espíritu-carne. En sus "Soliloquios" dice claramente la única que le interesa saber: "De Dios a través del Alma y de nada más en absoluto." Con lo cual se consagra como el primer antropólogo después de Sócrates — "Quid ergo sum, Deus meus? Quae natura mea?" — y el último hasta Pascal, el angustiado por el destino del hombre pecador.

En nuestros días la preocupación intimista de la Filosofía es patente. Las investigaciones de Filosofía antropológica son la divisa de la época. En ellas se ha logrado la unión de dos elementos esenciales: un método de investigación y una inquietud humana. El primero ha sido proporcionado por Husserl y el segundo nos ha sido transmitido por el verbo angustioso de Kierkegaard. El resultado es la Sociología Cultural de Max Scheler, en la que predomina el idealismo fenomenológico, y la Filosofía Existencial de Heidegger, en la que se subraya la angustia subjetiva del gran danés.

El primero, preocupado por la eminencia del "Puesto del Hombre en el Cosmos" — y así titula su ensayo previo a la "Antropología" — y la dualidad existente entre el espíritu — sin valor activo — y la acción sin potencia ideativa —, entre valores y realidad, no tienen más remedio que armonizar los contrarios en una síntesis absoluta. Y tiene que dar el salto a lo trascendente, al idealismo hegeliano. La inquietud por el hombre de Scheler se pierde, al final, en el vuelo estratosférico al reino aséptico de las Ideas.

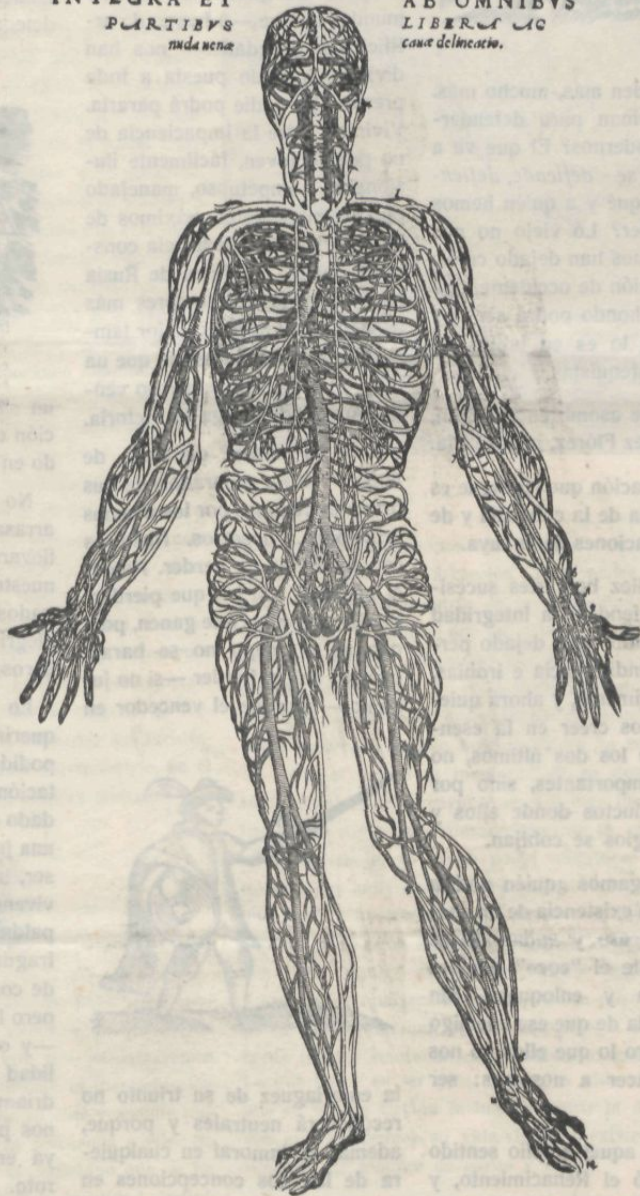
El segundo, introducido en el desierto del hombre solitario cuya entidad espiritual emerge de la nada y es ella misma nada, funda el reencuentro del hombre auténtico en la conciencia de su propia nihilidad: la angustia. El hombre es un Ser-para-la-muerte y su realización está, precisamente, en su extinción. El encuentro del hombre consigo mismo, consiste en llegar a un tipo de existencia auténtica en la que esté presente a cada momento la esencial contingencia. A pesar de que intenta hacer una ontología no puede liberarse de las valoraciones éticas, y estudia más al hombre como debiera ser y no cómo es.

Otro intento moderno, fruto del apriorismo neokantiano, es la "Antropología Filosófica" de Cassirer (4) síntesis de una obra más extensa. Todas las formas de actividad humana se reducen a un vínculo funcional común: el símbolo. La Naturaleza humana sería, pues, la creadora de relaciones simbólicas para ampliar las posibilidades de la función humana. Esta posibilidad de simplificación simbolizada de las cosas es el "a priori" verdadero de la condición humana. El intento unificador es laudable, pero representa una síntesis generalizadora que tiene que prescindir de matices importantes. Es indiscutible, además, ese "a priori" explicativo de todas las actividades humanas.

El último intento es el del judío alemán, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Martin Buber.

(Sigue en la página 11)

ANDREAS VESALII BRUXELLENSIS
INTEGRA ET
PARTIBVS
ruda uena
AB OMNIBVS
LIBERUS
causa delimitatio.



vieja sentencia de Quilón. Era una insinuación a la que había de ser investigación filosófica, entonces en pañales. Y tuvo que recogerla el Sócrates desengañado de la cosmología jónica de Anaxágoras. Del mismo modo que hoy el existencialismo ha tenido que

el magno intento de abarcar todo el conocimiento del Hombre por el análisis del llamado "a priori histórico". La cosa era de demasiada envergadura para ser conseguida en la vida de un hombre, y menos en la de un iniciado como fué Dilthey. Pero se consi-

¿UN SACRIFICIO INUTIL?

El mundo —el inmenso mundo de los menesterosos— está pasando, en estos últimos tiempos, por la peor de las torturas: la de conocer el peligro, vivir en la zozobra más inquietante, con la conciencia de no poder intervenir, para nada, en ese negro porvenir que se avecina.

Cuando las revoluciones y las guerras se fraguaban en los conciliábulos secretos de los magnates, y solo la explosión sobresaltaba el confiado vivir de las gentes, uno se encontraba —sin posible salida ya— metido en la trifurca, y le quedaba el consuelo de querer justificar, desentrañándolas, las aparentes causas que habían motivado la catástrofe.

Pero ya aquel pudor —sangrienta hipocresía— no se juzga necesario. Poco a poco hemos ido adquiriendo el derecho a opinar sólo de las cosas en que no podemos intervenir. A opinar con unos datos que se nos suministran por prescripción de los facultativos de los truts financieros más fabulosos de la historia o de los imperialismos más o menos materialistas o ideológicos.



Hay sólo una razón, sólo un camino, y con esa razón y por ese camino se nos puede guiar y hacer andar por la vida a los de aquí y a los de enfrente.

El mundo no está loco. Está desesperado. Con una desesperación nacida del complejo que crea la impotencia.

No queremos ir, y nos llevan. Nos negamos a remar y después de flagelarnos nos arrojarán al mar.

Habíamos pretendido pararnos un momento, par revisar la base de nuestra existencia espiritual, de nuestra convivencia, de nues-

tros desequilibrios. Queríamos desmontar lo inservible y crear o descubrir los fundamentos de algo mejor. Aspirábamos a ser —sacrificándonos— las piedras con que se cimentara el porvenir, pero nos han individualizado para convertírnos en munición de catapulta o en objetivo de sus disparos.



Y nos piden más, mucho más. Nos adoctrinan para defendernos. ¿Defendernos? El que va a la lucha no se —defiende, defiende— a. ¿Y qué y a quién hemos de defender? Lo viejo no nos sirve y no nos han dejado crear. La civilización de occidente, que muy en lo hondo podrá ser una verdad, no lo es en labios de nuestros catequistas.

Que no se asombren Maritain, ni Fernández Flórez, ni José Plá.

La generación que les sigue es hija legítima de la cobardía y de las claudicaciones de la suya.

De los diez baluartes sucesivos que defendían la integridad de “su mundo” han dejado perder, entre indiferencia e ironías, los ocho primeros, y ahora quieren hacernos creer en la esencialidad de los dos últimos, no por más importantes, sino por ser los reductos donde ellos y sus privilegios se cobijan.

Y no negamos ¿quién podría hacerlo?, la existencia de un enemigo poderoso y audaz. El es precisamente el “coco” que les empavoriza y enloquece. Sin darse cuenta de que ese enemigo hizo primero lo que ellos no nos dejaron hacer a nosotros: ser unos.

Unos en aquel amplio sentido que quebró el Renacimiento, y que tanto han jaleado los sedicentes humanistas de todas las latitudes. Nos suprimieron las razones —las cosas— que nos

unían y nos dejaron en hombres. Hombres limpiamente, olvidando —clasicistas y teorizantes ellos— el *homo homini lupus* del aforismo.

De la falsa unión de nuestros encontrados intereses, no podrá salir nunca la fuerza que el gran peligro exige de nosotros. No se nos hable de Cruzadas en las que ya no podemos creer. Cruzadas cuyo fin son los mercados y en cuyos medios no tiene ningún valor la vida de ese mundo que se pretende salvar a costa de su propia existencia.

Pero no caben rebeldías. La suerte ha sido echada. La gran máquina de guerra de los dos mundos en que —a fuerza de artificios y falsedades— nos han dividido ha sido puesta a toda presión. Ya nadie podrá pararla. Vivimos entre la impaciencia de un pueblo joven, fácilmente ilusionable e impetuoso, manejado por los mercaderes máximos de la historia y la obediencia constante, tenaz, rectilínea de Rusia en manos de los hombres más fríos, con los nervios mejor templados y con la paciencia que da la fe en el final ganancioso venga por donde venga la victoria.

Y a la misma distancia de unos y otros, separados de sus primeras razones por los mismos principios... nosotros. Nosotros con todas las de perder. Perder si jugamos con los que pierdan. Perder si con los que ganen, porque en el juego no se baraja nuestro naípe. Perder —si no jugamos— porque el vencedor en



la embriaguez de su triunfo no reconocerá neutrales y porque, además es inmoral en cualquiera de las dos concepciones en pugna, no profesar fervorosamente la más incondicional de las servidumbres a sus supremas aspiraciones.

Y así, sin que el gran mundo de los menesterosos tenga más opinión que la de elegir el sitio donde ha de ser sacrificado cada uno de sus pueblos, pretenden salvarnos los de aquí y los de allí, sin habernos preguntado si no elegimos el estar condenados a nuestras injusticias según unos y a nuestra pobreza según otros.

Somos ante los dos colosos, un mundo viejo y de antemano vencido, sin otra arrogancia que las palabras vacías de una cultura muerta de inanición.

¿Qué quieren de nosotros los viejos farsantes? Que no se rasguen las vestiduras, porque si hay algo en su mundo que defender son ellos los que deben defenderlo y legárnoslo, como



un sillar más para la construcción de la nueva etapa a que todo en el orbe nos empuja.

No queremos que todo sea arrasado por igual. A ello nos lloverá esa guerra que no es nuestra y que nos veremos obligados a hacer o padecer para alegría o desconsuelo de los poderosos.

Lo que hemos escrito, que querían ser reflexiones y no han podido serlo por esa desorientación que nos domina, han quedado en lamento desesperado de una juventud deshecha que quiso ser, hasta con rabia por su pervivencia, y ve venir sobre sus espaldas la tormenta que otros fraguaron y ahora son incapaces de contener. Poca fe nos queda, pero la gastaremos en convencer —y convencernos— de la inutilidad del sacrificio, cuando podríamos y deberíamos desalmarnos por reconstruir la vida que ya en dos ocasiones nos han roto.

Después... hablaremos.

Pedro Gómez de Santamaría

Arte para una Sociedad Asocial (I)

por J. M. CASTELLET

La sola lectura del título de este artículo bastará al lector inteligente para darse cuenta de lo que quiero decir al referirme a una sociedad asocial. Pero no me interesa darle una visión de esta sociedad —si es que se la puede llamar así— estrictamente sociológica o política, sino desde el punto de vista de las manifestaciones artísticas dirigidas al hombre de hoy. Claro que hay que recordar las especiales circunstancias sociales radicalmente nuevas en la historia— con las que se ha encontrado al nacer el hombre actual, pero bastará la sola mención de una de ellas para situar en su ambiente a ese anónimo hombre, al hombre-masa. Esta puede ser el sentimiento de independencia —debido al ámbito de posibilidades prácticamente ilimitadas en que se ha podido desarrollar— frente al reducido ámbito en el que se tenía que desenvolver el hombre medio anterior. Esta experiencia básica —según Ortega— modifica por completo la estructura tradicional, perenne, del hombre-masa. La nueva masa encuentra la plena franquía vital como estado nativo y establecido. Nada de fuera le incita a reconocerse límites y por tanto a contar en todo momento con otras instancias, sobre todo con instancias superiores. La voz nueva grita: "Vivir es no sentirse limitado, abandonarse tranquilamente a sí mismo." Y aquí empieza el desequilibrio, la desazón interna del hombre contemporáneo abandonado a sí mismo sin estar preparado para ello. Pero el abandonarse a sí mismo no es concentrarse en sus límites individuales y a partir de allí construir su propia vida, su personalidad; es todo lo contrario: abandonado a sí mismo siente el horror de su desnudez, se siente solo, y busca fuera de sí la compañía que le permita abandonar su soledad y, como necesita calmar la inquietud interna de su personalización abandonada, se entrega a cualquier evasión, consciente o inconsciente, que sustituya su proceso personalizador o que simplemente le enajene de forma total hasta el punto de anonadar sus facultades espirituales individuales y convertirlo, en el mejor de los casos, en un hombre neutro.



Si hay formas de arte que no pueden ser contempladas aparte de la sociedad en que el artista vive, es evidente que nos encontraremos con formas dirigidas a colmar la insatisfacción personal del hombre-masa. El cine responde plenamente y de una manera descarada a ello. No se contenta con invitar al individuo que se ha aislado física —oscuridad y localidad individual— y mentalmente a que penetre en un mundo ficticio, sino que lo hace facilitándole de tal

modo los medios que no tenga que hacer ningún esfuerzo mental para lograrlo. Así se comprende el éxito del cine y su enorme peligro. En un grado menor sucede lo mismo con la novela que en principio también se dirige a un sector amplísimo de público, sin gran homogeneidad



de cultura y sobre el que también ejerce un considerable poder de atracción. Este poder de atracción es consecuencia de la curiosidad del hombre por el hombre, que en el hombre de hoy es esencialmente curiosidad por sí mismo, necesidad de hallarse... en otros. Insistimos en que ahí está la clave del desequilibrio del hombre-masa moderno. Ningún hombre medio ha sentido como el actual la inquietud de su destino individual, con el agravante de que esta inquietud no es consciente, desarrollándose la lucha en la inconsciencia al no poder adaptarse las necesidades individuales a los esquemas sociales que aquella ha heredado. La avidez con que el hombre de hoy se enfrenta con una película o con una novela es corrientemente distinta —aunque su apariencia externa sea la misma— de la avidez con que puede entregarse a otras raras magias (matemáticas, ajedrez, drogas...). Lo que busca es ser otro, vivir otra vida en la que su misma ficción le impida sentir la desazón que le produce su vida-vida, su existencia concreta de hombre de carne y hueso.

Para ver porqué la novela y el cine caracterizan a nuestra época y civilización tenemos que contemplar, pues, la sociedad antes que la lite-

ratura o el séptimo arte. El rasgo principal de las otras técnicas de comunicación es estar dirigidas a un público que comparte con el artista un fondo común de convicciones culturales, religiosas o sociales. La literatura narrativa, que en esencia es la técnica de presentar la experiencia a través de un cuadro de acontecimientos realísticos ha producido en otras épocas la poesía y la balada, el cuento y el drama. La épica y la balada, típicas en su origen de sociedades primitivas y pequeños grupos, con escasas facilidades para transmitir literatura escrita, se han incorporado ampliamente a una tradición lírica general. El drama es, de modo preeminente, una presentación estilizada de un contenido que el público comparte con el escritor; y para que continúe siendo una forma principal de arte, el público ha de participar activamente en la ilusión, guardando siempre, empero, la distancia sala-espectador, espectador-actor. Como dice Alex Comfort, el gran teatro ha sido producido casi siempre en circunstancias en que existe entre el escritor y su público el mismo tipo de relación que entre el sacerdote y su parroquia, por cuanto el artista dirige la expresión de una actitud comunitaria, que puede criticar por extenso, pero que el mismo comparte. Y ha sucedido que en nuestra sociedad —sigamos llamándola así, a pesar de su asocialidad, para entendernos mejor— ha habido una gradual sustitución del drama así entendido por la ficción dramatizada. El modo cómo aborda su material la tragedia moderna es, en cierto modo, el modo propio del novelista o el del cine —basta con recordar unas cuantas obras de autores americanos o ingleses contemporáneos. Sucede, pues, que aun entre los espectadores del moderno teatro no hay ya una comunidad, sino cierto número de personas que se sientan en butacas separadas y sin conocerse en absoluto. Esta pérdida de personalidad del teatro viene a afirmarnos más en nuestra idea del triunfo de un modo especial de arte para masas en las que cada uno de sus componentes buscando por una desazón personal una vida a la que poder subrogar la suya propia cae en la tragedia de perder todo impulso original para anonadarse en una ficción generalmente standard. La forma de arte predominante en las culturas occidentales de hoy está dirigido a una sociedad que está totalmente fragmentada, en la que la población no conoce a sus vecinos, en la que son excepcionales las comunidades locales, en la que las actividades humanas están casi por completo reducidas a las técnicas y las técnicas limitadas a los grupos que activamente las practican. Frente al arte de su época —al arte que su inconsciente exige: novela y cine— es una sociedad de espectadores, congestiva pero solitaria. Sobre esto habrá que fundamentar la revisión de los conceptos de novela y cine que iniciaremos en artículos sucesivos.



EL AMBIENTE

La proyección en nuestra ciudad de un excelente film de René Clair, "El silencio es oro", vuelve a poner de actualidad el tema del ambiente. En la creación cinematográfica el ambiente es una dimensión más. Todo el trabajo de los actores, toda la habilidad del director, toda la maestría técnica del operador se hunden en el más lamentable de los vacíos si el espectador, desde su butaca, no se siente sumergido en la marca ambiental de la cinta.

Las obras teatrales suelen carecer, por lo general, de ambiente. Fiados en el puro juego escénico y en la pirotección del diálogo, los actores se mueven en un escenario limitado y tratan de transportar al espectador, por un fenómeno auditivo, al mundo de su creación. Luces, telones y decoración no son más que elementos accesorios. La magia de las palabras —de los ademanes, lo más— lo hace todo. Con ellas tiene que reflejar el actor alegría y dolor, desesperación y tranquilidad. En ellas tiene que apoyar su "ambiente", si es que así puede llamarse a la sugestión colectiva que su arte ha de provocar en los espectadores.

En las películas ocurre justamente todo lo contrario. Arte mudo en su origen, el cinematógrafo creó un medio de expresión que se vino abajo en cuanto la técnica le dotó de palabra. Hace de ello veinte años. A lo largo de esas dos décadas, la historia del cine es una pugna para lograr la síntesis entre la forma vieja y la nueva. Esa forma nueva que —ironías de la técnica— no fue más que una versión mecánica de algo mucho más antiguo: el teatro.

Las primeras escaramuzas de la lucha fueron francamente desalentadoras. La cámara fija iba fotografiando una serie de planos en los que el actor o la actriz de turno recitaban sus interminables papeles. Así en "El proceso de Mary Dugan", versión de la obra teatral dirigida por Bayard Veiller, así en tantas otras cintas. Sin embargo, la síntesis comenzó. Y su primer hallazgo fue el "ambiente". Sonidos y movimiento se unieron para crear ese algo inaprehensible y, sin embargo, de importancia capital que es la atmósfera de un film. Todos los recursos y todos los detalles se pusieron a contribución; los contrastes de silencio y efecto sonoro, las luces, los detalles. Comenzó la búsqueda de planos de esos minúsculos objetos —cualquier cosa— que en un momento dado pueden decir al espectador mucho más que una larga parrufada. Se inició el bucear de la cámara a los más diversos medios ambientales. Von Sternberg trasladaría al lienzo la atmósfera de un cabaret en "El Ángel Azul", Pabst, la de las minas en "Carbón"; Siodmick, la de los bajos fondos en "Tumultos"; Clair —el Clair de siempre—, la de París.

Fue el triunfo del ambiente. Los americanos aprendieron pronto la lección y ofrecieron aquellos films cuya lista comienza con "Scarface" para terminar con "La dama desconocida" o "La calle sin nombre", citando dos ejemplos recientes en los que la atmósfera es tan corpórea que casi llega a convertirse en un personaje más.

Realizado en 1947 "El silencio es oro", es una verdadera apoteosis ambiental. René Clair traza con mano maestra el dibujo de su París novecientista, con faldas amplias, sombreros llenos de flores y muebles "modern styl". Se copia a sí mismo, es verdad. Pero aunque oigamos el constante "leit-motiv" de la canción, escuchado ya en "Sous les toits de Paris", aunque el folgorio carnavalesco nos sepa a "14 de Julio", no trataremos de negar a Clair ese dominio suyo del ambiente que hace que aun entre decorados de proporciones gigantes —abundan en "El silencio es oro"— nos sintamos sumergidos en plena atmósfera parisina.

Pocas películas habrán logrado, por tanto, más fructífera y exacta la síntesis palabra-movimiento. Los personajes de Clair hablan y su diálogo es jugoso e incisivo. Pero no traspasa jamás los límites que le están fijados. No trata de arrogarse funciones de "explicador", como ha corrido en un reciente film francés "Rendez-vous avec la chance", premiado, sin embargo, en esta reciente Bienal. Los personajes de Clair no necesitan narrar su estado de ánimo porque su alma entera está inmersa en ese ambiente tocado de suave melancolía por el que se mueven.

Por eso decíamos al principio que el ambiente era en la creación cinematográfica una dimensión más. Saber fundir en el crisol de la cámara los mil detalles materiales que han de componerlo y saber sumergir en él a los personajes de la cinta es sólo patrimonio de los grandes directores.

J. R.



TEATRO

No puede negarse que el teatro es el reflejo de la conciencia de un pueblo. España ha sido, en el mundo, la gonfalonera de un teatro vitalista y teológico, concordante, en todo momento, con el espíritu popular. Ni los Autos de Calderón ni las comedias de Lope, Tirso o Guillén de Castro forman hechos aislados en la existencia nacional sino viva expresión del alma española en un instante determinado de su historia.

Viene esto a colación porque hemos asistido a los estrenos, en Barcelona, de las obras de los

teatros subvencionados por el Estado. La Compañía del "Teatro Español", dirigida por Cayetano Luca de Tena, y la Compañía del "María Guerrero" de Madrid, dirigida por Luis Escobar y Huberto Pérez de la Osa. ¿Qué novedades nos han presentado estas Compañías? La primera "Celos del aire", una linda trivialidad de José López Rubio que podía estar firmada por cualquier autor europeo; el nervio y la preocupación española —el desenlace hubiera asombrado a Calderón de la Barca— está ausente por completo de esta obra. "Historia de una escalera" es una pieza agobiante, abrumadora, de atmósfera enrarecida donde no entra el rayo de sol de una fe superior ni el agua fresca de una esperanza. Esos personajes sin salvación más parecen héroes rusos que figuras españolas. Es cierto que sin entusiasmo montaron el "Villano en su rincón", de Lope de Vega, una de las raras comedias de nuestro genial autor cuya escena no transcurre en España. Nosotros trasladaríamos al lector a unas declaraciones de una de las primeras actrices de dicho Teatro, publicadas en "Destino", en la que afirmaba que el teatro clásico español le hacía reír...

De la temporada del "María Guerrero" dos obras hemos visto. "Barriada", de Julio Alejandro, y el "Landó de seis caballos", de Ruiz Iriarte. La primera es un engendro exótico a nuestro temperamento y a nuestro ambiente. Si en vez de la obra de un autor español nos dicen que es una traducción de una obra norteamericana nos lo creemos a pie juntillas. Por lo visto ni España ni los españoles, somos ya sujetos interesantes, materia dramática, y los escritores indígenas tienen que trasladar la acción de sus obras fuera de nuestras líneas fronterizas. "El landó de seis caballos" es una nada lírica donde Ruiz Iriarte vuelve a insistir en la lucha entre el mundo de la realidad y el mundo de los sueños. Poesía pura; opio del pueblo.

Un espectador, con substancia hispánica en la sangre, se pregunta: ¿Existe una correspondencia entre las obras que representa esta Compañía y el instante creador y recuperador de antiguos valores que España vive? ¿Existe un diálogo entre los problemas del espectador y los asuntos que se debaten al otro lado de las candilejas?

Evidentemente que no. El teatro, ese espejo de lo cotidiano, se nos ha alejado de tal forma de nuestro corazón que gira, frío y puro, como una estrella en el cielo de la noche.

Los Teatros que tienen detrás el hombro de un Estado surgido de la revolución nacional tienen que compenetrarse con los grandes valores tradicionales que el mismo representa y defiende.



ARTE

La temporada artística ha abierto sus puertas de par en par. El Otoño desciende, anualmente, las hojas de los árboles y asciende los cuadros a las paredes de las pinacotecas. ¿Qué temas orientan la atención artística esta temporada en Barcelona? Hay tres asuntos que sugestionan al preocupado por los problemas artísticos con sus triples facetas. Los pintores maduros, ya con un nombre consagrado en el estadio del Arte, barcelonés hablan del "Salón Municipal", espléndida manifestación que organiza el Excmo. Ayuntamiento y para la cual ha votado 250.000 pesetas. Se trata de una Exposición que se verificará en Barcelona los años que no se celebre la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid. Los pintores tienen así una fecha vacante para enviar sus obras a nuestra ciudad.

La guerrilla juvenil viene haciendo objeto de sus comentarios el III "Salón de Octubre" y charla de las disidencias internas, del jurado calificador. Por lo pronto figura tan prestigiosa, como Miguel Capdevila ha quedado fuera del Certamen.

Y por último el tema que nos preocupa a los que del Arte tenemos un concepto eterno, por encima de los intereses de clan o de grupo, es el Concurso organizado por las GALERIAS LAYETANAS. Se trata de premiar con 30.000 pesetas a una obra de 100 x 10 cms. sobre el poético asunto de la "Navidad".

No vamos a asomar aquí la oreja erudita para escribir un análisis de los grandes pintores españoles que han tratado de tema tan sugerente. Lo que sí queremos señalar en estas líneas apresuradas es que una Galería de Arte, mediante un Certamen, haga volver las miradas de los artistas hacia los asuntos religiosos. Una de las profundas crisis del Arte en estos últimos tiempos viene dada en que el Romanticismo al romper el diálogo del hombre con la Divinidad y entablar una amorosa charla con la Naturaleza quebró una de las ramas más puras del Arte: su elevación sobrenatural. La ola paisajista que llegó a las playas de los pintores, en el naturalismo del hecho romántico encuentra sus más jugosas raíces. Agotada con el "impresionismo" esa vena del Arte es necesario desandar el camino para encontrar de nuevo los anchos temas eternos. De lo natural regresar a lo sobrenatural, milagro que Dios pone en la paleta del artista.

(Viene de la página 6)

criminal, que de repente se nos revela inocente. En todos los casos se da una intensificación extraordinaria de la tensión sostenida en el curso del relato, previa al salto cualitativo que es la resolución del misterio propuesto. También el color puro es el término del análisis, su ápice cuantitativo, previo al salto que se efectúa en la síntesis total.

TRABAJOS. Las consideraciones anteriores se han referido sólo a los productos de la cultura espiritual. Pero creo que no sería muy difícil encontrar en las técnicas y en los oficios esquemas fijos, similares a los expuestos. El trabajo del herrero, del carpintero, etc., tiene un ritmo determinado y puede materializarse el sentimiento profundo de sí mismo que tiene el herrero o el carpintero, en una totalidad objetiva que lo refleja. Por lo demás, hay un trabajo que está en absoluto sometido a este es-

quema: el del agricultor. De la siembra a la recolección corre un ciclo evolutivo típico, suscitador de mitos, como ya hemos visto.

Por último, cabría encontrar en la política una nueva confirmación de nuestro tema. Pero ya hay bastante con lo dicho.

CONCLUSIÓN. Como advertía al principio, mi exposición no ha sido rigurosamente analítica. De todo lo expuesto, sin embargo, cabe deducir, generalizándolo, que existe en el hom-

bre, siempre actuante, una posibilidad típica de objetivación del espíritu, cuyas notas habría que extraer por abstracción de éstos y otros ejemplos, pero que sin más se dibuja claramente en sus rasgos principales: una totalidad que se constituye evolucionando dramáticamente, a partir de una situación de inerte indiferencia, a través de la disolución, la oposición y el error, hasta la unificación superadora.

Pero, en último término, ¿no sería posible presentar una interpretación rigurosa del esquema hallado? ¿No sería posible referirse a una "estructura fundamental de la conciencia de sí mismo" que justificara este "tipo de percepción del mundo"? ¿No podríamos, en suma, describir esta "forma general de situación"?

Probablemente, sí. En efecto, todo presente humano está constituido por tres momentos:

1.º Un puro estar-ahí táctico.
2.º Un complejo entretimiento de "vida": en primer lugar, los objetos del mundo (las ideas, no menos que los objetos materiales; las presiones sociales), la mayoría difuminados en la subconsciencia, sólo algunos emergiendo a la superficie; los pensamientos, sentimientos y voliciones enlazados a ellos; el sentimiento del propio cuerpo; el pasado y el futuro, recuerdos y proyectos; etc. En suma, la "realidad".

3.º La reunión de todo esto en el haz de la personalidad.

Este sería el modelo "imitado". En último término, el hombre se alimenta sólo de lo que él mismo crea. De sí mismo.

Quede el lema para otra ocasión. Como también el tratar de otros tipos. En efecto, la negatividad de donde emergen los tres momentos descritos es, por así decir, sólo "intersticial". Pero el presente humano se constituye más en lo hondo, emergiendo totalmente de la nada, rodeado de nada. En *¿Qué es metafísica?*, Heidegger describe magistralmente este Presente Total.

Quizá escriba otro artículo sobre el número Uno. O, mejor, sobre el redondo Cero, el Huevo Universal.



SOBRE LA FILOSOFÍA DEL HOMBRE

(Viene de la página 7)

Siendo la Filosofía del Hombre una de las formas que reviste la época de crisis que estamos viviendo, surge la Antropología bajo el signo de la angustia y del descontento. De esta fuente común se bifurcan dos corrientes: la de elevarla a suprema forma de vida —el Existencialismo— y la de huir de ella sumergiéndose en la masa —la Sociología colectivista. Hay que superar ambas direcciones, pues no es el hombre solitario, ni la masa, lo que es objeto de la Antropología Filosófica, sino un ente independiente que surge como conquista común cuando dos hombres se ponen en contacto. Es el "entre", que está "más allá de lo subjetivo, más acá de lo objetivo, en el filo agudo en que el Yo y el Tú se encuentran". "Este —dice— es el punto de partida."

Pero Buber nos deja con la miel en los labios. Pues se queda en ese punto de partida, con la puerta de la calle ya abierta, sin intentar siquiera el recorrido. Poco es, desde luego, como pocas son, y desordenadas, las aportaciones contemporáneas a la Filosofía del Hombre, y es que la realidad viva del hombre, siendo lo más urgente de desentrañar, es lo más imposible de reducir a un esquema racional. Quizá en eso consista el castigo eterno del hombre: buscarse a sí mismo siempre, aun sabiendo que no va a encontrarse nunca...

- (1) Vid. obras de Windelbandt, Rickert, etc.
- (2) Max Scheller. "De lo eterno en el hombre".
- (3) Traducido en Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1949.
- (4) Fondo de Cultura Económica, México 1945.

ESTABILIDAD Y RESPONSABILIDAD

(Viene de la primera página)

rido (y no es demasiado ciertamente) que, cuando menos, el valor Ciencia se ponga al mismo nivel del valer de la moneda.

Hay algo censurable en todo esto?

Poco dice en favor de sí, quien manifieste inquietud porque los Doctores o Licenciados deseamos que la atmósfera que envuelve la nobilísima misión docente y educadora sea no la turbia y pesada y fétida, tan frecuente por desdicha, sino la más pura, clara y transparente.

El reconocimiento de la estabilidad del Profesorado por encima del arbitrario capricho de ciertas Empresas, y la reorganización que en el pasado año se llevó a cabo en el Cuerpo de Inspectores de Enseñanza Media, creando los Inspectores de Distrito, pondrá fin a no pocas tachas de que adolecía la Enseñanza Media Privada, mejorándola notablemente. Creo que con lo dicho más arriba quedan diáfananamente expuestos los motivos que nos movieron a pedir la estabilidad.

Pero falta aún deshacer el enojoso equívoco, de que con tal concesión se ha pretendido obtener una garantía de impunidad, un fuero, para los Profesores privados.

Nada más lejos de la realidad.

Si fuera cierto el injurioso supuesto arriba indicado, no hubiésemos dirigido nuestros esfuerzos a lograr una concesión suputiva, sino que lo lógico hubiera sido obtener por todos los medios la supresión del Capítulo VIII, que con el epígrafe: "FALTAS Y SANCIONES", figura en nuestra Reglamentación Laboral y cuya existencia no ha impugnado nunca ningún Licenciado o Doctor. Quede esto bien entendido.

Porque (seré prolijo, en fuerza de querer ser claro) nadie ha pretendido nunca que no se pueda despedir al Profesor incompetente —a pesar de que esta incompetencia pudo comprobarse en el período de prueba que la Legislación previene— o al que incurra en faltas cuya gravedad o naturaleza aconseje privar, temporal o totalmente, al que faltó, del derecho al ejercicio de la enseñanza. Tal pretensión, de existir, sería absurda en la teoría y amor al en la práctica. Pero aún hay más; al hacerse en determinado organismo el estudio y revisión de nuestras Bases, en fecha aún no lejana, fué precisamente un representante de los Profesores privados quien manifestó la necesidad de subsanar una inexplicable omisión que se notaba entre las faltas graves y pidió se solicitase de la Autoridad laboral competente la inclusión en el tan repetido Capítulo VIII, y como falta gravísima, la exposición de doctrinas contrarias a la de la Iglesia Católica o injuriosas para el Régimen.

Es decir, no sólo no pretendimos descargarnos de ninguna responsabilidad en ocasión que tal vez podría haberse intentado fuese oportuna, sino que echamos una más sobre nuestros hombros, porque conscientes de la trascendencia de nuestra labor, quisimos poner el medio de evitar la deformación espiritual de nuestros alumnos en los dos sentimientos más excelsos y sublimes: la Religión y la Patria.

Si alguien duda aún de nuestra recta intención, tome la Reglamentación Nacional de Trabajo en la Enseñanza Media Privada, busque el Capítulo VIII y lea principalmente los artículos 41, 42, 45 y 48, y diga luego si los Colegios privados no tienen allí el camino para proceder con toda clase de garantías contra el Profesor que incurrió en falta. Lo que no se hallará, desde luego, en esos artículos (sobre todo, una vez aprobada la estabilidad), es el medio de obligar a que incurra en falta el Profesor consciente de sus deberes y de sus derechos.

Los Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras o en Ciencias que dedicamos nuestra vida por entero a la enseñanza, tenemos un exacto sentido de nuestra responsabilidad y un claro concepto de nuestro decoro y de nuestra dignidad desde el punto de vista personal, social y moral, y no admitimos la más leve sombra de duda en cuanto a lo rectilíneo de nuestra conducta y nuestros propósitos.

Por nuestra formación universitaria y religiosa, y por nuestro evidente criterio de la ética profesional, conocemos perfectamente los deberes que la difícil y delicada tarea de educar nos impone. Por ello, no sólo no podemos tolerar que nadie pretenda eludirlos alegre e impunemente, sino que exigimos, velando por nuestra propia estimación, la aplicación inexorable de las sanciones adecuadas a quienes olvidándose de que la enseñanza es equiparable al sacerdocio la degradan y prostituyen, ya porque incurren en falta, ya porque inducen o coaccionan a otros obligándoles a transgredir la Ley, ya porque posponen la noble y elevada misión específica de esta generosa actividad humana a un ambicioso y torpe afán de lucro.

Estudio y virtud, vocación, puntualidad, entusiasmo, método, sacrificio, afán de superación y perfeccionamiento, justicia en las calificaciones, vida honesta, amor a Dios y temor de Él, cooperación al prestigio del Centro en que ejercen, por no citar más, son normas que no pueden soslayar quienes dedican su vida a la tarea de educar e instruir a la juventud y aspiran a merecer el nombre divino de Maestro.

A todo eso nos consideramos absolutamente obligados cuantos en el ejercicio de la docencia hallamos la satisfacción de nuestra tendencia vocacional y pretendemos hallar el medio lícito de satisfacer nuestras necesidades materiales.

Para los que conscientes de esa responsabilidad en todos los aspectos, se sienten capaces de aceptar los sacrificios que este quehacer impone, nuestra estimación, nuestro apoyo decidido y nuestra mano en salud leal y fraterno.

Para los que sólo pretendan establecer una competencia desleal, negociar con sus títulos en la bolsa negra de la ilegalidad, o traicionar sus sagrados deberes en el ejercicio de nuestra profesión, no ya la aplicación implacable de las sanciones que fluyen de las Leyes de los hombres, sino la bíblica de ser arrojados al mar con una piedra de molino atada al cuello, porque con sus actos rebasan la órbita humana de lo delictivo para incurrir en la más trascendente y estremecedora de lo que va contra la Ley de Dios y sus preceptos.

UNA VIEJA HISTORIA: LOS ARBOLES Y EL BOSQUE

España entera, la España intelectual, mediotellectual o haciaintellectual, elama por la reforma de los estudios. El filósofo, el ensayista, el escritor, catedráticos, profesores, alumnos, padres de familias (sin asociar) y vástagos claman por la reforma de estudios. LAYE, recién nacido, ha entrado en el mundo anunciándonos su nacimiento con el reglamentario llanto, que ha resultado ser un sumando más al clamoreo pro-reformista. Una revista universitaria de parecido corte —*Cuadrante*, citada en el número de abril de la recién nacida— se despidió de la vida con un estertor que mascullaba los mismos anhelos. Y cientos de voces repiten idéntica cantinela desde las cien puntas de la rosa de los vientos. Todos los sordos de España y sus contornos han podido oír. Ahorro al coro una voz más que sería superflua.



Algo se olvida, sin embargo. Y se olvida casi con tanta generalidad como se recuerdan defectos e inconvenientes de cuestionarios, legislación de exámenes, y demás relevantes piedras de escándalo. No obstante lo cual, lo olvidado es precisamente lo que más necesitamos de recordar. Se habla de re-formar, sin parar mientes en que el estado de nuestra enseñanza es mucho más informe que deforme. Los planes de estudios en nuestro país (y no sólo los actualmente vigentes), malos o buenos, eficaces, inocuos o perniciosos, adolecen del vicio capital, s.b.yacente a todos sus defectos, de la falta absoluta, de la total ignorancia de estructura y sistema. Cada uno de los distintos planes parciales está concebido a espaldas de todos los demás, y todos ellos de espaldas a la vida práctica. El tránsito de la escuela primaria al Bachillerato, de éste a la Universidad y de la Universidad a la vida profesional son otros tantos saltos mortales. El cambio de un ciclo de estudios a otros rodea al estudiante de una atmósfera radicalmente desconocida y heterogénea inaprovechable para sus pulmones inadaptados. Y si los planes de estudio de cada ciclo resultan ineficaces, ello es debido de modo principalísimo a esta sinrazón.

En la escuela los niños aprenden el catecismo, el abecedario y la tabla de multiplicar. Sin duda he dicho mucho, pero confío en que el lector entienda rectamente el significado convencional que en estos casos suele darse al verbo aprender (lo cual, por otra parte, es algo en definitiva accesorio para nuestro presente propósito). Terminado este primer ciclo, los niños que prosiguen adentrándose en nuestro complicado sistema de enseñanza, deben presentarse en el Instituto a sufrir una prueba de ingreso. Sólo los profesores de Instituto pueden saber cabalmente a lo que tales pruebas deben reducirse. En principio se pretende del aspirante que resuelva un problemita de Matemáticas elementalísimas —poco más que cálculo de dedos— y que escriba al dictado con relativa claridad y sin faltas de ortografía. En la práctica resulta preciso conceder el ingreso en el centro a todos aquellos que no cometen un exceso de equivocaciones al intentar resolver el problema y a los que menos faltas de ortografía presentan (según un porcentaje enteramente variable, impuesto por una consideración relativa). De no hacerse así, el 80 por 100 de los centros de enseñanza media tendrían que cerrar sus aulas, por falta de alumnado. Bien está. El Instituto abre sus puertas a menesterosos de la cultura elemental con la intención de sacarles de su penuria de conocimientos a lo largo de siete años de paciente trabajo. Pero después de un verano de holganza, el niño que en junio dividió ocho peras entre dos muchachos y acertó a escribir "huevo" con b, es verdad, pero al menos también con h, empieza a estudiar simultáneamente nueve asignaturas de Bachillerato, entre ellas dos idiomas totalmente desconocidos, para cuya mejor comprensión y más fácil aprendizaje cuenta únicamente con su desconocimiento casi total de otro idioma, que simultáneamente empieza a estudiar: el español. Todo profesor de Instituto (pero sólo él) sabe bien lo que es, y más aún lo que no es, el primero de los siete famosos cursos. Ni es posible hacer durante él mayores milagros de los que se

hacen. La prueba de ingreso no es un tamiz que entregue al Catedrático capacidades más o menos inéditas. Es tan sólo, como tantas otras llamadas "pruebas", un pretexto de matrícula y un trámite oficial.

Se dice que cada ciclo de enseñanza tiene finalidad especial y substantividad propia. Y la finalidad específica de la Enseñanza Primaria no es suministrar alumnos idóneos de los Institutos. Sin duda, la Enseñanza Primaria puede ser autosuficiente para quienes a ella se limitan. Pero no es menos cierto que por ella y sólo por ella han de pasar también los presuntos bachilleres antes de su ingreso en el Instituto. Parece, pues, que el niño debe abandonar la escuela dispuesto a asimilar las enseñanzas del ciclo siguiente, aunque no haya de cursarlas, y además de haber recibido la formación específica de la anterior etapa de estudios. Concedamos, sin embargo, que no sea ésta la única ordenación posible. Sean, en efecto, los distintos ciclos de enseñanza independientes, y límitese cada uno de ellos a su correspondiente misión. Entonces sus respectivos comienzos deberán ser eso: comienzos. Veamos lo que dicen los temas 1 y 2 del vigente cuestionario de Lengua Latina, de primer curso: "Valor fundamental de los casos y recuerdo de la estructura de la oración simple." "Pronunciación y acentuación del Latín." ¿Es esto un comienzo? Simultáneamente, el niño empezará a estudiar en la clase de Lengua y Literatura Española los primeros temas que a dicha asignatura preceptúa el cuestionario y que son: "El lenguaje. Vocales y consonantes. Silabas, diptongos y triptongos." Esto sí, un verdadero comienzo. Y basta ya de ejemplos. La desorientación deberá multiplicarse por el número de asignaturas, que son, como hemos dicho, nueve.

Sea como sea (y no podrá ser bien) el antiguo colegial, una vez franqueado el llamado Examen de Ingreso, se ve convertido en futuro bachiller. Como,



Quidam facit die quadam mens... Millemo ccc...
Quidam facit die quadam mens... Millemo ccc...

curso tras curso, él y sus profesores encontrarán las mismas dificultades (en los estudios, como en la economía, los "déficits" se acumulan con mucha más facilidad que se saldan), los aprobados se seguirán distribuyendo por el ya conocido sistema del "razonable tanto por ciento", discriminado por consideración relativa: no a los muchachos que "se sepan" las materias oficialmente exigidas en el curso de que se trate, sino a los menos torpes de cada promoción. (Y aún, para los más torpes, queda la reiteración de exámenes extraordinarios, y en última instancia, si el caso llega, el traslado a otro Instituto menos riguroso, o el paso a la enseñanza

colegiada.)

De esta forma se llega al final de los siete cursos de Bachillerato y se entra en la Universidad. Porque aunque se diga que la Enseñanza Media es un ciclo completo, con valor en sí y por sí, la ley vigente la hace acabar, no en sus propios centros como parece natural. Para ser Bachiller no basta salir del Instituto; es preciso entrar en la Universidad. (Sin sentido éste que aboca a la Enseñanza Superior a muchos que no habrían pensado en ella a no ser por la involuntaria toma de contacto con la Universidad.)



Y entonces, nuevo salto mortal. Porque también el Bachillerato ha sido concebido sin atender en lo más mínimo al siguiente ciclo de estudios. De los que han de cursarse en dos facultades tan frecuentadas como son las de Derecho y Medicina (que absorben bastante más de la mitad de la total masa de bachilleres) no existe en los de Enseñanza Media la menor anticipación. La Fisiología —botón de muestra— ha sido borrada del plan de estudios, y debe ser considerada como asignatura especial, inexistente en el cuadro de clases del centro, para examinar a los semibachilleres que con tres cursos aprobados deciden hacerse practicantes. El Bachiller sale del Instituto o Colegio en la más negra ignorancia acerca de lo que sean las carreras universitarias, e incluso de la existencia o finalidad de muchas de ellas, y por supuesto, falto de toda preparación para su estudio, y esto a doble título: por carencia o mala adquisición de conocimientos previos (y también saben un poco de esto los profesores de Universidad, que con tanta frecuencia tienen que comenzar desde las nociones más elementales), y más aún, por el absoluto desconocimiento de los métodos racionales de estudio, que el Bachillerato ha ignorado o sofocado.

Por fin, de la perplejidad en que el recién licenciado se encuentra a la salida de las aulas, perdido ante las dificultades de una vida profesional que desconoce en todos sus aspectos prácticos (si no ha procurado imponerse de ellor por su cuenta y riesgo), a espaldas o quizá en contra de la misma Universidad, de la desorientación y desasosiego que caen sobre el que ha recibido el último espaldarazo académico, con la idea imprevista de que ya no quedan ante él exámenes, sino una vida por hacer, de esa grave perplejidad, de esa enervante desorientación, huelga hacer aquí encarecimiento alguno, pues apenas habrá lector de LAYE que no la sienta o haya sentido.

No parece que exista nada más perturbador para la enseñanza que esta falta de método y sistema en sus distintas partes y escalones. Falta que —lo hemos dicho ya— no se limita al último período legislativo. (¿Ni se limitará?). Muy al contrario, es una nota esencial de esa genuina desorganización nuestra, de la que a veces fingimos enorgullecernos, si no es su formal constitutivo. Pero si en el campo de la cultura no se la denuncia, se la combate y se la vence, acabará por verificarse en el cuerpo nacional ese fatalista y decaído "genio y figura hasta la sepultura"... y a la sepultura irán a parar genio y figura nacionales.

Bien está el afán de mejora en el vigente sistema de exámenes. Bien los deseos de reforma de los distintos planes. Pero mientras no se empiece por establecer un "plan de planes", mientras no sepamos cómo los Institutos puedan recoger a los colegiales y para qué, cómo y para qué los bachilleres puedan ampliar sus estudios en una carrera superior y cómo la Universidad ha de dejar a los futuros profesionales a las puertas de la vida, todo lo demás está de sobra. Porque pudiera resultar que luego de dibujado a la perfección un trozo de arco nos encajara en la circunferencia que necesitáramos construir.

¿Hasta cuándo nos obstinaremos en mirar al bosque con las narices pegadas a uno de sus árboles?

por J. C.